

e ventual



Fulgencio Argüelles, Paisajes literarios. Nel Amaro, Arqueología industrial. Pablo Prieto, 10 años no son nada. Pablo Texón, Cimbla. Marta Vigil, El diseño editorial. Ana Vanessa Gutiérrez, El tastu la señaldá. Noelia Bueno Gómez, Donde habite el olvido. Fernando Barreiro, Comiendo gusanos. Jos, La maldición. Xuan Bello, Historia de una historia universal. Ricardo Menéndez Salmón, El caso Abramavicius. Alfredo González, Una (microhistoria de amor al estilo Millás). Rabanillo, El regalo. Nuria Varela, Feminismo en España: de los principios al obligado silencio. Miguel Barrero, Vísperas. Xandru Fernández, El turullu de l'acería. Mauro Díaz, Oscuridades.

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN



Ricardo Menéndez Salmón (Gijón, 1971). Escritor y licenciado en filosofía. Ha publicado el libro de relatos *Los desposeídos*, las novelas *La filosofía en invierno*, *Panóptico* (KRK Ediciones)

y el ensayo sobre política y estética *Crematorio bajo la clepsidra: la poética de Adolf Hitler*. Con *Los caballos azules* ha obtenido el premio internacional Juan Rulfo del Instituto de México en París y Radio Francia Internacional (2003). Su última novela, *Los arrebatados*.

FULGENCIO ARGÜELLES



Fulgencio Argüelles nació en Uriés en 1955 y vivió en Cenera hasta 1975, dos aldeas mineras asturianas. Estudió Psicología en Madrid. Ha obtenido varios premios de relatos cortos,

en español y en llingua asturiana. Ha publicado *Los clamores de la tierra*, *Letanías de lluvia* (premio Azorín, 1992) y *El palacio azul de los ingenieros belgas* (premio Café Gijón, 2003).

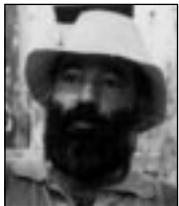
ANA VANESSA GUTIÉRREZ



Ana Vanessa Gutiérrez nació en Urbiés en 1980, aunque reside desde los seis años en El Entrego. Estudiante de Derecho en la Universidad de Oviedo, forma parte activa de la vida li-

teraria de la cuenca del Nalón, participando en tertulias y encuentros literarios. En el 2003 gana el premio Teodoro Cuesta de Poesía, uno de los más prestigiosos del país, convocado por la Casa de Cultura de Mieres.

NEL AMARO



Nacido en Mieres en 1946. Uno de los autores más estimables de la *xeneración del surdimientu*, aquella que se propuso dignificar el asturiano como lengua de comunicación. Poeta y novelista, ha publicado diversos libros, entre otros, *¡Falanxista!* o el poemario *Pruebas d' autor*. Ha colaborado con la revista *Eventual* desde el primer número, y también fue un asiduo de la prensa diaria durante los últimos años. Su última novela, *Entós cuando ñevaba*.

XUAN BELLO



Xuan Bello (nacido en Paniceiros, 1965). Tras años destacando dentro del panorama literario asturiano, autor de libros como *La memoria del mundu* (1997) o *La bola infinita* (2000),

gana, en 1993 el premio Teodoro Cuesta de poesía, el más prestigioso de los que se convocan en Asturias, con *El libru vieyu*. Recopila casi toda su poesía en 1999 en el volumen *La vida perdida*, edición bilingüe publicada por Llibros del Peixe. En el 2002, la editorial Debate saca a la luz *Historia Universal de Paniceiros*, primer libro en castellano del autor, que fue galardonado con el premio Villa de Madrid a la mejor obra publicada en el año. En el 2003 sale, también en Debate, *Los cuarteles de la memoria*, libro basado, como el anterior, en el universo de Paniceiros, aunque, si en la primera los escritos hablaban de la infancia, en este segundo es la juventud la protagonista. Actualmente, está trabajando en *La historia escondida*, que editará Areté, probablemente para el año que viene, y no ha dejado de escribir poemas, sin descartar la publicación de un poemario no muy lejos en el tiempo.

GONZALO PRADO GRELA



Gonzalo Prado Grela nació en Los Tableros, Asturias, en 1966. Ha ganado diversos premios de dibujo por toda la geografía asturiana (Mieres, Ujo, Noreña, Pola de Lena, Moreda...) y ha expues-

to su obra pictórica y escultórica por todo el territorio nacional (su última exposición, en Manacor). En la cubierta de esta revista se reproduce una de sus última obras, parte de una serie de antropomorfos, realizados con objetos cotidianos y materiales de minería, que no pueden dejar a nadie indiferente.

firmas



Paisajes literarios

A veces, el escritor se olvida de su propia conjugación y escala el himalaya de las palabras en un lanzarse al abismo invertido en dirección al cielo para tocarle los pies al mismísimo Dios y convertir el silencio del enfermizo monólogo en bálsamo de paisajes encadenados en torno a la cordillera de la abstracción. Los personajes de este génesis sin paraíso ascienden entre los matorrales de la memoria por las calzadas de nunca acabar, soportando el eco de los pasos de su creador.

Cualquier paisaje es un estado del alma y el paisaje literario lo es, además, de la memoria —enferma de insuficiencias, telúrica en sus recuerdos, pero infiel al inocente trote de la tierra—. Los escritores de la memoria, a veces, se han visto obligados a inventar sus propios paisajes —abruptos, desesperados, como universos recién nacidos de un parto dilatado, furtivo y tenaz— para soportar mejor la metamorfosis de la vida y de las palabras, para doblar la línea del horizonte personal y ascender las laderas del propio asombro hasta tirarle de las barbas al mismísimo Dios.

García Márquez inventó Macondo, un paisaje donde los recuerdos se materializan

por la fuerza de la invocación implacable y se pasean como seres humanos por los cuartos clausurados de la soledad. Juan Rulfo creó la atmósfera infernal de Comala, donde el silencio es tan espeso que puede oírse el girar de los goznes de la tierra.

Benet nos trajo el territorio de Región, donde las raíces y los rastrojos y los manantiales se retuercen sobre sí mismos como seres atormentados por la lejanía y donde la gente camina sin avanzar siguiendo las huellas de su propio dolor y aturdida por los delirios de la guerra.

Onetti inventó, como un padre eterno, el microcosmos de Santa María.

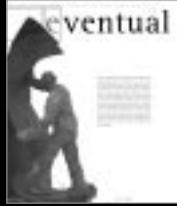
Luís Mateo Díez creó el Reino de Celama, un mundo donde la nieve supura fiebre y sudor para hacer de él —del mundo— un paciente sin esperanza, un mundo donde los inviernos son infinitos y la distancia es una suerte de ocultamiento. Él consigue, desde la memoria de los filandones y de las abuelas, desde el culto a la oralidad como la materia prima que orienta la voluntad y dirige la imaginación hacia el acto creativo, configurar un paisaje literario que nos asom-

bra, nos estremece y nos hace más sabios del mundo y de nosotros mismos.

Mi paisaje literario personal fue y sigue siendo Peñafonte, un lugar plagado de personajes que estrujan sus memorias, retuercen sus historias, componen sus leyendas y enredan sus sentimientos en la implacable rueda del tedio, soportando las letanías de lluvia de la arrogancia y las fiebres del desdén.

Estos paisajes literarios son el paréntesis entre el estrépito de la ciudad real y el silencio de la muerte. Asistimos —y existimos— a —en— ellos como un personaje más que desempeñará el papel que la nostalgia —o la necesidad— permita representar. Soltaremos las amarras, como Juan Preciado ante la visión de Eudivigis, para dejarnos arrastrar en el vértigo del viaje hacia los interiores de esos personajes habitados por sombras configuradas por el sol de la imaginación.

Ese paisaje literario que inventamos para movernos en él con indulgencia, es sin duda el estado de nuestra alma y está cruzado por las sendas tortuosas de nuestra memoria. ■



www.revistaeventual@wanadoo.es

DIRECTOR

Mauro Díaz.

REDACCIÓN

Alfredo González, Pablo Prieto, Jos.

FIRMAS

Fulgencio Argüelles, Nel Amaro, Pablo Prieto, Pablo Texón, Ana Vanessa Gutiérrez, Noelia Bueno Gómez, Fernando Barreiro, Jos, Ricardo Menéndez Salmón, Alfredo González, Alejandro Llana, Miguel Barrero, Xandru Fernández.

ENTREVISTAS

Ricardo Menéndez Salmón, Alfredo González.

DOSSIER

Nuria Varela.

PROYECTO GRÁFICO, DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Mauro Díaz.

IMAGEN DE CUBIERTA

© Gonzalo Prado Grela.

ILUSTRACIONES FEMINISMO EN ESPAÑA

© Gettyimages, F. González.

FOTOGRAFÍAS

© Alejandro Llana, Editorial Complutense.

EDITA

Plataforma Juvenil de Turón.

www.turon.info · pjuvenil@terra.es

COLABORA

Consejo de la Juventud del Principado de Asturias

www.cmpa.es · info@cmpa.es

SEDES

Casa de la Juventud

Valle de Turón, 33610

Teléfono 985 43 01 78 · Fax 985 43 27 11

Sumario

Primeras líneas

Fulgencio Argüelles · Paisajes literarios
Escritor. Su último trabajo, *Seronda*

5

Nel Amaro · La deriva

Escritor. Su última novela, *Entós cuando ñevaba*

6

Pablo Prieto · Seronda

7

Pablo Texón · Relato

8

EL DISEÑO EDITORIAL

Entrevista a Marta Vigil

Textos de Ricardo Menéndez Salmón



12

Ana Vanessa Gutiérrez · Relato

14

Noelia Bueno Gómez · Relato

15

Fernando Barreiro · Desde los sótanos...

16

Jos · Gansos en la sopa

18

HISTORIA DE UNA HISTORIA UNIVERSAL
Entrevista a Xuan Bello

Textos de Alfredo González



22

Ricardo Menéndez Salmón · Relato

Escritor. Su última obra, *Los caballos azules*

25

Alfredo González · Las palabras perdidas

Cantautor. Su último trabajo, *Respirando soledad*

26

Rabanillo · Tras os míos güeyos

27

FEMINISMO EN ESPAÑA:
DE LOS PRINCIPIOS AL OBLIGADO SILENCIO
Nuria Varela

Del libro *Feminismo para principantes*



34

Miguel Barrero · Relato

Escritor. Su última novela, *Espejo*

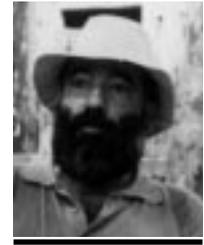
36

Xandru Fernández · País zarráu

Escritor. Su última novela, *Les ruines*

38

Mauro Díaz · Especies gemelas



Restos del glorioso y añorado pasado industrial, serían puestos a la venta para el disfrute de turistas bajo la etiqueta de «arqueología industrial»

El jueves día 27 de mayo del 2004 leo en *La Nueva España* el artículo titulado «La avenida principal del paisaje protegido», firmado por el experto en estos temas y turonés militante Ángel F. Ortega, que escribe «de nuevo hemos de cambiar hacia la margen izquierda del valle por el puente pasando a la vera del barrio de San Francisco, de 1917.»

El día 30 de mayo, domingo, en el mismo periódico y firmado por Íñigo Domínguez, leo el artículo titulado ahora «Turón, parada y senda». «Otro de los puntos de interés sobre los que se detuvieron los senderistas fueron el barrio de San Francisco, originario del año 1917.» Pues mal, y digo yo que de aquel barrio de San Francisco del año 1917, por no quedar, ya no queda ni el nombre, pues algunos «modernos» se empeñaron en rebautizarlo tras su remodelación con el nombre de Nuevo San Francisco. Y hasta sus preciosos topónimos, como La Ribaya o Yana Palacio han sido borrados de la memoria colectiva. A muchos incluso les molesta que alguien le llame todavía al barrio por su antiguo y familiar nombre de «Los Cuarteles» (de San Francisco, claro). Queda, por quedar, eso sí, la

imagen de su santo patrón, san Francisco de Asís. Por lo demás seguramente nadie pensó, en los ochenta, cuando se iniciaba el derribo de la vieja barriada minera para ir transformándola en una moderna urbanización, que llegaría el día en el que los restos de aquellas «cinco largas alineaciones de bloques de dos plantas» («las rutas de los castilletes en la cuenca central asturiana: la ruta de los pozos y las sombras», de Pedro Fandos; Miguel A. Areces y José A. de San Antonio), restos del glorioso y añorado pasado industrial, serían puestos a la venta para el disfrute de turistas bajo la etiqueta de «arqueología industrial».

Una arqueología industrial que en nuestro Turón se cacarea más que se protege realmente, pues para muestras aquí están la desmochada chimenea de la antigua central eléctrica de Hulleras del Turón; la «encarcelada» y legendaria Turón 3; los restos de una «bomba» pintados con llamativos colorines, o la lamentable rehabilitación del pozo Espinos.

Y sé que así no me hago amigos, pero al menos digo lo que veo, padezco y siento. Lo demás puede ser demagogia barata y electoralista. ■



10 años no son nada

El Instituto fue algo más que unas aulas en las que nos enseñaban historia, matemáticas o literatura. Allí dimos nuestros primeros pasos, los primeros experimentos de un particular (y alternativo) itinerario académico. Aprendimos a organizarnos, a debatir sobre nuestros problemas, ofrecer soluciones y movilizarnos cuando era necesario. Conocimos el valor de nuestra fuerza y lo ventajoso de saber utilizarla. Fuimos conscientes de la necesidad de cumplir nuestros deberes, pero también de que se respetaran nuestros derechos. En aquellas aulas nos empapamos de conocimientos académicos, pero también comprobamos el valor de aquello por lo que nuestros abuelos y padres habían arriesgado tantas cosas. Conseguiamos formar un grupo de personas

comprometidas y dispuestas a dar mucho a cambio de poco. Fue la gestación de lo que después llamamos Plataforma Juvenil.

Parece que fue ayer, pero ya llovió desde entonces. Han transcurrido diez años, somos menos jóvenes (algunos ya superan la mítica —y depresiva— treintena), incluso los hay que son papás y mamás. Pero, con independencia de lo que nos recuerde el DNI, seguimos intentando mantenernos fieles a nuestro espíritu, a nuestro compromiso, firmes en nuestra pequeña aventura.

Atrás quedaron los tiempos en los que transformamos «La Bolera» (origen de tantas cosas) en nuestro cuartel general; ahora gestionamos la Casa de la Juventud, una experiencia única en Asturias de gestión compartida de espacios públicos. Atrás quedaron los tiempos en los que teníamos que utilizar los plenos del Ayuntamiento para defender nuestras reivindicaciones, ahora las puertas de las instituciones están abiertas de par en par (aunque no conseguimos todo lo que nos gustaría). Atrás quedó el solitario trabajo para dinamizar social y culturalmente el Valle, ahora disfrutamos de un *Atenéu* que cumple convenientemente este papel (demostrando lo mucho que puede hacer ese sector público que tanto se critica). Atrás quedaron los años de inactividad e indiferencia, ahora vemos las obras en marcha (aunque con más lentitud de la deseada). En estos diez años han sucedido muchas cosas y no todas malas.

No podemos vivir permanentemente anclados en el pesimismo y la resigna-

ción. Si algo hemos aprendido es que las cosas se pueden cambiar, tan sólo es necesario voluntad para hacerlo posible. Nos empeñamos en hacer realidad aquello que escribíamos en servilletas, como plasmación de lo que tan sólo podía pertenecer al terreno de los sueños, y conseguimos organizar algo que se llamó Semana de la Juventud. Y después llegaron cursos, talleres, conferencias, conciertos, intercambios con otros países europeos, iniciativas comunitarias... Pusimos nuestro granito de arena para inyectar una dosis de color a un panorama demasiado acostumbrado al blanco y negro.

Hace tiempo que algunos insistimos en que hay que comenzar a escribir un nuevo capítulo en nuestro particular libro de historia. Toca pasar página, enfrentar el futuro con optimismo y ambición. Xandru Fernández, en su último libro (*Les ruines*), dice que los castilletes son reliquias del pasado que tan sólo aspiran a ser iconos, mobiliario suburbano que escape al olvido. Siguen siendo los parientes pobres de la torre Eiffel. Tiene toda la razón. Por desgracia, los símbolos de un pasado glorioso también representan que todo sigue pendiente desde hace demasiados años, son la alegoría del fracaso colectivo (en el que todos tenemos nuestra parte de responsabilidad, aunque algunos más que otros) de estas Cuencas. Aún queda camino por recorrer, y es necesario afrontar la aventura. No podemos permanecer parados.

Un profesor nos recordaba con frecuencia que estudiar para ampliar nuestros conocimientos era importante, pero que lo realmente imprescindible era no perder nunca de vista el sentido común, ser libres y ejercer esa libertad con tanta generosidad como respeto hacia los demás, soñar despiertos, ser realistas y pedir lo imposible. Algunos hemos intentado no decepcionarle. Y lo seguiremos haciendo. ■

Nos empeñamos en hacer realidad aquello que escribíamos en servilletas, como plasmación de lo que tan sólo podía pertenecer al terreno de los sueños



Cimbla

Garra con remangu la caña y con un toque d'habilidad llanta'l sedal a co la piedra onde ta esa echadina tan curiosa. Entorna torpemente la cabeza y mira arguyosu pal fiyu, como pidiendo la so aprobación, de la mesma manera que'l fiyu mirara pa él cuarenta años atrás, el día que pescara la so primer trucha. Levantáranse a les seis de la mañana y tardara cinco hores nada menos en sacar daqué productivo d'aquello, aunque (quien lo vive bien lo sabe) toa una vida merecía la pena solo por esi momentu. Lo mesmo qu'esta vez, pararan en L'Agualal.lanza a tomar un bocáu de tortiya y chorizu,

Entorna torpemente la cabeza y mira arguyosu pal fiyu, como pidiendo la so aprobación, de la mesma manera que'l fiyu mirara pa él cuarenta años atrás, el día que pescara la so primer trucha

pesquemos o non, fartucar vamos fartucamos, y beber un poco vinu pela bota, ¿veslo? yá yes un paisanu.

El fiyu asiente cola cabeza, sorri, col cayáu del padre na mano derecha, la verdá que paez un milagru que se mantenga en pie ensin garrase a naide, el médicu nun lo diba creer, nun lo diba creer.

—Pa que depués digan que tas malu, ¿eh? L'aire que xibla pente les cañes de los árboles, les fueyes marielles qu'alén como si la gravedá nun esistiera, el fríu que manca na cara, el ruxir del ríu nel fondu del oyíu... too pa que'l golor a despida, a actu final, sea mayor...

—Picó, picó —glaya'l padre emocionáu y desvalíu. Nota que'l corazón va al mesmu ritmu que'l ríu. Siéntese vivu, tan vivu... El fiyu avérase per detrás, ensugando les llárimas, que nun me vea llorar, que nun me vea llorar, y pon les manes enriba de les del padre. Entra-y peles narices mui intenso'l golor de la colonia del paisanu.

—Un, dos y tres... ¡pa riba!

Les cuatro manes llevanten con fuerza la caña, que cimbla, que cimbla... ■

Marta Vigil

EL DISEÑO EDITORIAL

PARA EL PÚBLICO, GRANDE O PEQUEÑO, PROFANO O ESPECIALIZADO, EL DISEÑADOR GRÁFICO CONTINÚA SIENDO A DÍA PRESENTE, Y SALVO CONTADÍSIMAS EXCEPCIONES, UNA PERSONA SIN ROSTRO. «EVENTUAL» NOS ACERCA EL TESTIMONIO —MUY ÁCIDO, COMO SE PODRÁ COMPROBAR, AUNQUE ENORMEMENTE REFLEXIVO— DE UNA DE ESAS PROFESIONALES SIN ROSTRO RESPONSABLE DE QUE, POR FUERA Y POR DENTRO, EL LIBRO SEA ALGO MÁS QUE UN CONTINENTE AGRADABLE O UN EFICAZ DEPÓSITO DE PALABRAS. ALGUNOS DE LOS DISEÑOS MÁS BELLOS HECHOS EN ASTURIAS LLEVAN DESDE HACE AÑOS SU FIRMA. SE LLAMA MARTA VIGIL, REIVINDICA NO SÓLO CON ORGULLO —SINO CON RAZONES— SU OFICIO Y, ENTRE REFRÁN Y REFRÁN, NOS REGALA UNA LECCIÓN DE ENTUSIASMO.

Alberto Corazón, Antonio Pérez, Daniel Gil, Enric Huguet o Joan Brossa han puesto una parte muy importante de su talento al servicio del libro como objeto de arte. ¿Qué tiene el libro de especial para que diseñadores gráficos de tanto prestigio le hayan prestado una atención semejante?

Como desafío gráfico el libro es completo, pues pone tanto en acción nuestros conocimientos de diseño como en alerta nuestros sentidos. Un libro se ve, se toca, tiene olor, no caduca... posee características propias distintas a las de la mera publicidad. Hay diseñadores que consideran a otros trabajos —los carteles, por ejemplo— como la expresión más pura del diseño y reconocen su desinterés por los libros. También hay, dicen, perros verdes.

¿Crees que el libro sigue ocupando una posición de privilegio en nuestra cultura o que sus días están contados?

No creo que actualmente ocupe un sitio privilegiado, lo cual bien puede ser un mérito. Acercarse a esta *cultura* es, cada día más, como abrir la caja de Pandora: salen todos los males. ¿Sabemos escribir? ¿Sabemos leer? Sabemos mirar, sí, pero ¿vemos? ¿Tenemos criterios estéticos? ¿Elegimos?

Cuando acudimos a las librerías, en un número elevadísimo de casos, encontramos que los *best sellers*, los grandes éxitos del momento, nos son presentados en envoltorios chillones, burdos, casi obscenos, con tipografías para ciegos. ¿Existe un diseño gráfico del mal gusto?

Los *best sellers* tienen poco de *best* y mucho de *sellers*. Son éxitos para el vendedor, que vende, pero no para el lector, que no lee, sino que únicamente consume —compra— lo que está de actualidad. Tampoco son éxitos de calidad editorial: materiales baratos y textos sin cuidar. Mirándolo bien ¿para qué emplear más tiempo y dinero en productos que ya se venden como churrros? ¿Quizás por ética profesional de los editores hacia sus clientes, ya que —por cierto— viven de ellos?

Por oposición, parece que hubiera ciertas obras asociadas siempre a la sobriedad, la pulcritud, una línea de diseño casi espartana, como si un diseño *pop* y, por ejemplo, una novela de Franz Kafka fueran incompatibles: ¿existe un cierto miedo al qué dirán por parte de los editores a la hora de asociar determinados diseños a determinados nombres?

En las pequeñas editoriales el editor es dios y decide sobre todas las cosas. Ha elegido una profesión casi temeraria, con un presente y un futuro inciertos, arriesgando su tiempo, su dinero y su prestigio personal con el único aliciente de dedicarse a aquello que le apasiona. Sus criterios editoriales son simples: hacer libros que le gusten, incluso a contracorriente. En las grandes editoriales, al contrario, el editor es un mero gestor con un objetivo también muy claro: publicar autores que vendan. Por ello, es más prudente a la hora de valorar las preferencias de sus lectores. «Nun se puen tener los güevos y los pitinos» pero sí podríamos no irnos a los extremos y quedarnos con, por ejemplo, *2 güevos* y *el pitín*. Por parte de las grandes editoriales mimar lo que ofrecen al lector, crear el hábito de leer libros bien hechos y no limitarse a vender hojas que son vertederos de palabras. Por parte de las editoriales que sí cuidan sus libros, concienciarse de cuidar, en la misma medida, su difusión. ¿Para qué sirven los libros nonatos? ¿Tiene sentido publi-



© RABANILLO

car a buenos escritores y no publicitarlos? ¿No es la publicidad coherente de un producto un valor añadido al mismo? **¿Qué papel juegan la pintura, la fotografía y el cine, respectivamente, en el trabajo de un diseñador gráfico?**

Un papel esencial. Nos sirven de referencia para trabajar, aportando ideas, potenciando nuestra imaginación y, sobre todo, proporcionándonos algo tan valioso como la cultura estética visual que, como decía Toulouse-Lautrec a propósito de la pintura, «es como la mierda: se nota, no se explica». En nuestro caso, se tiene o no se tiene. El recurrir a las demás artes viene también a cubrir un vacío en cuanto a formación que tenemos gran parte de los diseñadores gráficos en ac-

EL CRITERIO DEL PEQUEÑO EDITOR ES SIMPLE: HACER LIBROS QUE LE GUSTEN. PERO EN LAS GRANDES EDITORIALES, EL EDITOR ES UN MERO GESTOR CON UN OBJETIVO MUY CLARO: PUBLICAR AUTORES QUE VENDAN



Nacida el día de Santa Marta en San Martino (Siero), razón por la cual no se llama Romualda. Se crió rodeada de otros mamíferos en una aldea de La Pola. A los pocos años cambió los *pitos de caleya* por los *pitíos de las fábricas* de La Felguera y el familiar olor del *cuchu* por los *fedores* aspiriniegos de la Bayer. Zurda libre hasta su reclusión en un colegio de monjas —pasando a ser, por esta causa, *el paraderu les hosties*— siguió ejerciendo su zurdería en la clandestinidad. Estudió Diseño Publicitario cuando aún el diseño gráfico no tenía nombre definido, ni sus estudios titulación claramente reconocida, ni existía una demanda laboral que lo avalase. Inspirada en el oficio de su abuelo —*madreñeru*— comenzó a trabajar la madera artesanalmente, fabricando juguetes. Escaparartista, rotulista y escayolista son algunos de los meandros laborales de su larga lista. Más adelante encarriló su profesión en el mundo del diseño, trabajando por su cuenta y para varias editoriales. Al día de hoy su verdadera vocación —ser millonaria— sigue en el aire, a falta únicamente de un mundano matiz: *perres*.

viene de la página anterior

tivo: somos autodidactas. O bien hemos empezado a trabajar sin habernos formado, o bien tenemos estudios que estaban relacionados con esta profesión en su día, pero que ahora, en un campo que ha sufrido cambios tan rápidos y radicales, están caducos.

El expresionismo alemán y las vanguardias soviéticas le dieron mucha importancia al diseño gráfico, hasta el punto de que éste penetró en los museos entre los años 1890 y 1920. ¿Han cambiado mucho las cosas des-

LOS DISEÑADORES DEBERÍAMOS REIVINDICAR QUE SE RESPETE
NUESTRO TRABAJO, NO QUE SE NOS ENTRONICE

de entonces con el desarrollo de la informática? ¿Qué lugar ocupa hoy el diseño gráfico? ¿Es un arte, una simple técnica, una prolongación de la cibernética, otra rama más de la industria de la reproducción?

Sí, las cosas han cambiado. Antes el diseño gráfico no entraba en los museos y ahora casi se pretende que no salga. Estamos rodeados de *diseñadores* —léase de pie y con la boca forrada con pan de oro— que confunden *profesión* artística con *profusión* artística, y en el diseño no todo es arte. Ser definido y definirse como *artista* es un anhelo recurrente de los diseñadores ¿quizás traumatizados con su realidad? En fin, cualquiera puede llamarse a sí mismo como *prefiera*, no vamos a ser menos que el papa. Ya va siendo hora de que las escuelas de arte y centros similares —si no peores— asuman la responsabilidad que les corresponde por contribuir a esta distorsión de la realidad, pues son abanderados en mentalizar a los futuros diseñadores como a mineros *pal pozu moqueta*. Aparte de enseñar poco y mal, te lanzan a la vida laboral con un equipaje ligero de conocimientos y vacío de humildad, pero en el que nunca falta un ejemplar de *Mis cuentos de hadas*. Deberíamos reivindicar que se respete nuestro trabajo —algo que demasiado a menudo se echa en falta— y no que se nos entronice. Un artista tiene un estatus y, a menudo, vive de él. Los *curritos* vivimos de un sueldo por el que nos quemamos las pestañas. Para la creación de ideas recurrimos a técnicas y a la experiencia, no a dones divinos ni casualidades, si bien es cierto que uno nunca sabe al doblar qué esquina le espera el éxito. Los que nacimos antes de los 70 aún recordamos la famosa *Eau de chorís*, salsa de *gochu* especial con envase en forma de chorizo, que arrasó en el mercado, para perplejidad de su diseñador.

¿Crees que se corre el riesgo de que detrás de cada programa de diseño gráfico se es-

AL DISEÑADOR LE QUEDA POR HACER AQUELLO QUE EL ORDENADOR NO PUEDE: PENSAR

¿Conda un artista en ciernes o defiendes como saludable esa democratización del artista?

Para muchos infiltrados el ordenador es un objeto de adoración, un ser animado generador de ideas, que lo hace todo. Cuando necesitan un trabajo, en vez de recurrir a un profesional, se convierten en una especie de *El Lute* «diseño o reviento». Ellos mismos se lo guisan y se lo comen y, como dicen que lo que no mata engorda, muchas veces se llevan incluso a clientes que carecen de criterios para valorar la calidad de un trabajo, simplemente porque son más rápidos o más baratos. Nuestra profesión está, aún hoy, poniéndose continuamente en entredicho por cualquiera que considera que diseñar es hacer sus simulacros. Sin embargo, el diseño, aunque podemos estudiarlo y practicarlo, no todos somos capaces de aprenderlo/aprehenderlo. Además, existen creencias arraigadas sobre el diseño como algo aleatorio, fruto de inspiraciones momentáneas cuando, por el contrario, exige —como cualquier otro oficio— conocimientos técnicos, práctica y, por supuesto, trabajo. El ordenador, a pesar de su uso casi imprescindible, no es más que una herramienta. Al diseñador le queda por hacer precisamente aquello que el ordenador no puede: pensar.

¿Cómo se enfrenta un diseñador gráfico a un trabajo de encargo? ¿Y a uno en el que goza de absoluta libertad?

Muy pocas veces el diseñador trabaja con absoluta libertad, pues su libertad acaba donde empieza el *sí* o el *no* del cliente. Además, nuestros trabajos no responden al capricho, van a parar a un mercado de márketing, compiten con otros productos, deben vender.

A pesar de esto —o precisamente por esto— cualquiera que estime su trabajo se enfrenta a un nuevo encargo con ilusión y disposición. Superada esta primera fase fantástica recorreremos un tortuoso camino real de ánimo descendente, que empieza con el intento de diálogo con el cliente, pasa por la resignación y acaba con la paciencia. Hay clientes empeñados en que no hagas bien tu trabajo, con las ideas muy claras —o muy oscuras, depende cómo se mire— que despedazan tu trabajo cual *Saturno devorando a sus hijos*. ¿Qué diseñador no ha intentado alguna vez proteger la esencia —*lo bueno*— de su diseño disimulándolo en una posición a retaguardia, oculta a la superficial visión enemiga? La tipología de cliente más frecuente es precisamente ésta: el llamado cliente caníbal, que se come su propio encargo. También abunda el cliente siamés, pegado a ti día tras

día, babeando por el ratón. El cliente accidental, que no sabe qué quiere ni si lo quiere. El cliente peregrino, que te visita un día sí y otro también. El cliente belicoso: quiere guerra y la tendrá hagas lo que hagas. El cliente burocrático, con un testamento de instrucciones para hacer un simple sobre. El cliente improvisado, de «un folleto a 4 tintas para mañana». El cliente con *horror vacuú*, que no soporta los blancos del papel y te paga únicamente para que los tapes. El cliente *tsunami*: llega y desintegra. El cliente hipocondríaco: cree que todo va a salir mal y, como el cliente siempre tiene razón... El cliente *pepepótamo*, que solo maneja el lenguaje de su grito hipohuracanado...

¿Qué opinión te merece el diseño gráfico que se está haciendo en Asturias?

Interesante, profesional, con muchas horas de trabajo detrás. Claro que es la opinión de una parte implicada y suele decirse que en el mundo de los ciegos el tuerto es el rey. Mi concepto sobre esta profesión no ha cambiado gran cosa con el paso de los años: falta autocrítica y sobran autocomplacencia y palmaditas en la espalda de algunos que, independientemente de la calidad de cada uno de sus trabajos, siempre se consideran *artistas*. En cualquier caso, soñar es gratis. ■



El tatsu la señaldá

Tres de los cristales un iviernu estrañamente soleyeru. Dende la siella na que m'esmorono dexo prendida la mirada n' horizontes desconocíos y ensoñaos. Y pienso que, al fin y al cabu, yo nun soi más qu'eso: un suañu contradictoriu que s'arrastra pel mundu palpitando nel vértigu y confundiendo nel agua tolos rostros de la lluz. Fantasiando cola nada y engañándome al creyer que la vida ye esto que yo pinto. Fumu de silencios tres de los pórticos d'esta vieya casa. Sol y tarde. Iviernu finxíu o bien disimuláu nel que'l corazón vuélvese sogu y el mieu censura. Siempre me dixeron que la soledá siempre foi un mal xuegu pa quien nun lu escueye. ¿Qué o quién quixo pa min esti abandonu? Quiciás naide tea la culpa. Pue que fuere yo la qu'empezó a desfácese sola... Ésta ye una d'esas tardes nes que na-

¿Qué o quién quixo pa min esti abandonu? Quiciás naide tea la culpa. Pue que fuere yo la qu'empezó a desfácese sola... Ésta ye una d'esas tardes nes que nada ye importante pero too tresciende

da ye importante pero too tresciende. La última vez que vini per esta casa díximelo calladamente: «Yá nun yes d'equí, nena. De nengún llau. Yá nun hai patria, nin familia, nin raigaños... ¿Pa qué vuelves?» Aquel añu ñevare con ganas y costóme muncho meter el coche hasta la puerta casa. Pel camín, mentes m'engarriaba col xelu y los resbariones, diba mirando que nun quedaba naide. Otres veces, de la que venía, tenía qu'andar aparando a ca poco pa saludar a los vecinos. Tomaba un vasu en cada casa («Pa calecer», dicíen ellos) y echábemos cuentos de tol tiempu pasáu, de les faltes d'añu n'añu, de les anécdotas vieyes... Y asina pasaben les hores hasta que, al escurecerín, calaba a casa rindi-da, casi col tiempu xustu pa prender la cocina y, ensin munches ganas, desfacer el macutu que traía siempre aburulláu nel maleteru'l coche. Y sentíame bien porque equí yera reconocida pola persona que soi. O que yera... Yá nun m'aluerdo. Pero la última vegada que vini nun hebo paraes, nin vasos, nin parola. Noté que les faltes yá yeren munches y dime cuenta de qu'esti mundu taba dando les últimes

boquiaes. Asina que prometíme nun volver más. Nun tenía sentíu ser l'únicu testigu d'esta lenta agonía.

Pero pasó'l tiempu y agora torno porque tengo que levantame de demasiaos fracasos y alcuentro qu'esti sitiu, el primeru y a la fin el mío, guarda'l secretu del mio renacer. Llego rota; abandonada a los propios pantasmes de tantu tiempu, cola incertidume de nun saber nada. Tan sola que dafechu refugo de tolo que pudiere faceme feliz.

Va tiempu qu'escoyere la destrucción como opción de vida y siento la necesidá de volver al puntu onde entamó too pa poder escoyer caminos. P'alcontrar señales ente la borrina de la desmemoria.

Vuelvo porque echo de menos. Porque la soledá siguía los mios pasos ellí onde tuviere. Porque sentí'l glayíu afogáu d'una tierra que tenía abandonada y que quixo recordame qu'escaeciéndola taba perdiéndome a min. Empezar a olvidala fue l'entamu de la mio derrota, de la mio desesperación.

Sentada equí, énte la ventana, toi serena. Fuera pasen les hores lentamente mentes un revolvíu desátase na mio conciencia. Como una sacudía brutal, española na mio memoria tolos caminos de la infancia que percuernen estes praeres. Tolos sabores y tolos golores que quedaron tatuados nel recuerdu y que, en tardes como ésta, vienen de visita cola intención d'atormentame, un poco más de lo que yá toi, a golpes de congoxa. Reconozu un gustu especial y estrañu nel cielu la boca. Un tastu que va tiempu nun sentía y que me trai cálides alcordances d'époques que suaño felices.

Ye'l sabor de la señaldá: la señaldá revisitada d'un ritual cenciellu pero primitivu, qu'hai muncho que nun repito.

Recuerdo que va tiempu, nuna de les munches tardes que pasaba nesti pueblu, llevóme mio güela de pasáu mentes el resto de los de casa andaben a la yerba. A lo cimero una cuesta, cerca'l bebederu les

Reconozu un gustu especial y estrañu nel cielu la boca. Un tastu que va tiempu nun sentía y que me trai cálides alcordances d'époques que suaño felices.

vaques onde diba de nena a matar guxarapos, había un artadal bien grande que daba bones mores. Yo trabéme a escoyer peles más grandes y meteles nos bolsos, poniéndome perdida, mentes ella amiraba pensabile lo que pa min nun yera más qu'un matorral. Entós mio güela fendió un cachu d'artu y pelólu con esmeru. Díomelu a la mano y díxome: «Ten, mi nina, preba. Nun teas mieu. Escoyí ún bien tienru y sabrosu especialmente pa ti. Pásalu despacio.»

Metílu na boca con perceguera pero llevada pola confianza de los güeyos serenos y cómplices de mio güela.

Mentes lu mazcaba lentamente, ella diba diciéndome: «Guarda esi sabor na memoria. Ésti ye'l tastu del pasáu que perdimos; de la vida que yá nun vamos volver ver. Hai años la to bisbuela fexo lo mesmo conmigo. Mentes yo tragaba'l cachu d'artu cola cara d'asombro que tas poniendo tu, xuxuriábame al oyíu qu'habría un tiempu nel que diba echar de menos los años perdíos ya irrecuperables. Naquel momentu yo nun entendiere nada de lo que quería dicime: probablemente tu tampoco agora. Pero llegó un día nel que la derrota fexo que volviere a esti puntu, cola intención de recuperar, anque fuere un segundu, la memoria tranquila de la infancia. Cuando, colos años, tu tamién sientas señaldá, has de venir y facer esto. Y esti sabor será'l que te traiga memoria d'aquellos tiempos nos que la vida yera entá una promesa.»

Pueo sentir la voz de mio güela retriñendo ente les piedres. Esi tastu amarguxu desfaciéndose agora nos mios llabios y pienso nel camín que me trixo hasta

casa. Namás queda yá la cuesta, el bebederu y l'artadal formosu, pero entiendo la llamada secreta que me reclamó de nueu equí, depués de tantu tiempu. La necesidá d'echar cuentas cola vida, facer caxa y, col saldu que me reste, perdeme camín alantre.

Enantes pensaba que nesta tarde yá nada importa pero que too tresciende, y ye cierto.

La vida ye una sorpresa qu'españa en cualquier momentu y yo manténgome a la espera, dende esti requexu tranquilu onde too vuelve a tener sentíu.

Faime falta esi rebufu qu'habrá d'arrastrame dica quién sabe ónde y dalgo me diz que'l futuru ta nesi artadal, nesta casa, nesti istante al que, ensin querer, m'entregu. Y que la vida, la otra vida, aquella vida, tien que seguir ensin min.

Podría marchar, pero prefiero quedar sentada un poco más, saborguiando la lluz d'esti nueu tiempu qu'apalpo col deséu. Azotando la mirada como cebu dende esta tierra de niundes pa que dalguién, en cualquier llugar (yá nada importa), la tope y me devore. ■



Donde habite el olvido

La sala de conferencias estaba a rebosar. Se trataba, sobre todo, de ruidosos estudiantes cargados de mochilas, carpetas y risas jóvenes. En las primeras filas fueron acomodándose señores y señoras con maletín, más serios, menos jóvenes. Asistíamos a un ciclo de ponencias sobre el derecho internacional o algo semejante. Yo estaba allí por casualidad, como siempre (uno siempre está por casualidad en todos los lugares), cubriendo la breve noticia de la que al día siguiente se haría mención en el telediario y la prensa. Desconocía por completo quiénes eran los ponentes, muestra inequívoca de mi desinterés por el asunto. Cumpliría con mi cometido rutinariamente y luego me iría a tomar el café que por la mañana no había tenido tiempo de prepararme antes de salir de casa.

Me disponía a verificar una vez más el enfoque de la cámara de vídeo que había colocado sobre el trípode cuando la vi entrar en la sala. Solemnemente, con la cabeza bien levantada. Zapatos de tacón, medias claras, traje beige, blusa de seda. Saludó a algunos de los asistentes situados en las primeras filas; alguien de la organi-

zación le dijo algo al oído, ella asintió. Subió a la tarima y tomó asiento. Cuando me di cuenta de que ella iba a pronunciar la conferencia, un manojo de ramas secas se agitó en mi estómago. Palidecí, enmudecí, tropecé con los cables. (No hay paréntesis en una vida. Una vida es continua. No hay saltos, aunque sí sobresaltos. El pasado siempre vuelve, y muchas veces incluso revuelve; se le puede dar la espalda o mirarlo con desprecio por encima del hombro, o arrepentirse de lo hecho —pero eso no borra lo hecho— o no arrepentirse, no sé si da igual.)

Cargué con mi cámara al hombro y decidí ocultarme detrás del objetivo, porque así todo aquello se volvía irrealidad o ficción cinematográfica, o al menos era menos real. Además, desde allí podía observarla detenidamente. Comenzó a hablar con voz serena, gestos cuidados. Pronunció un discurso brillante: bien articulado, bien explicado, claro, conciso. Obviamente se había ganado al auditorio, que apenas respiraba. Por mi cabeza, más que recuerdos, circulaban imágenes, fantasmas. Alas, sábanas, suspiros. Aquel apartamento de la calle Génova. Sueños, labios, rosas. Cigarrillos compartidos y tantas otras cosas compartidas. Promesas matutinas, y también promesas vespertinas. Paseos, copas, besos.

Había cambiado: llevaba el pelo más corto y más rubio, la mirada más fría, las uñas de color rojo. El manojo de ramas secas volvió a agitarse en mi estómago. Decidí que hablaría con ella. La invitaré a un café, hablaremos. Quién sabe, donde ha habido fuego... A qué se dedicará, parece que ha tenido éxito. Ah, el olor de su piel, el calor de sus manos. Seguiré viviendo en la ciudad. Habrá algún hombre en su vida.

Los aplausos me devolvieron al final de mi irrealidad cinematográfica. Hubo varias preguntas. Por último, alguien presentó al siguiente conferenciante. De pronto, era urgente medir mis movi-

mientos: la cámara, de nuevo en el trípode para que continuase grabando sin mí; yo, abriéndome paso a codazos hacia una de las puertas del fondo para hacerme el encontradizo en el pasillo. Ella no debía de haberme visto aún. Afuera no había nadie. Me acerqué despacio a la puerta por la que saldría en cualquier momento. Oí su voz entre el barullo que llegaba desde dentro. Se acercaba. Su risa de cascabeles. Salió. Caminó en dirección hacia mí, hacia la salida del edificio. La miré, sonreí. Sus hermosos ojos azules me atravesaron como si mi persona fuese de un cristal impecablemente limpio y transparente. Continuó su camino, la cabeza bien alta, dejando tras de sí un delicioso halo de perfume y un vago eco de tacones.

Las ramas secas se transformaron en una pesada cadena que me atenazaba el pecho. Sentí frío. Una especie de zumbido me mareó unos momentos. Entré de nuevo en la sala. Aún tenía la grabación, podría observarla y preguntarme cien veces cómo era posible que se tratase de la misma mujer. Qué habría sido de su dulce mirada. Y de aquellas caricias.

Al ir a comprobar que la cámara hacía su trabajo, vi que estaba apagada. No había grabado absolutamente nada porque no la había encendido. Y yo, ¿sería yo el mismo hombre?

En sus años de estudiante de derecho, cuando la conocí, risueña y afable, solía reprochar a los letrados que nunca hablasen de justicia. Se enfadaba por ello y decía que quería dedicar su vida a mejorar el mundo. En todo su discurso no había habido ni una sola alusión a la palabra justicia. De camino hacia el solitario café que iba a desayunar, unos versos de Cernuda invadieron machaconamente mis pensamientos. «Donde habite el olvido, / en los vastos jardines sin aurora / donde yo sólo sea / memoria de una piedra sepultada entre ortigas / sobre la cual el viento escapa a sus insomnios». Poesía. Nada más. Donde habite el olvido... ■

Comiendo gusanos

Me pongo el abrigo y salgo a la calle esperando que el frío polar del invierno me consuele o me mate. Tras más de dos horas deambulando, y convencido de que no iba a encontrar ni un puñetero sitio abierto, me disponía a volver a casa cuando presencié una escena que de golpe me hizo olvidar todos mis pesares y ver negruras aún más dolorosas que la oscuridad que acecha en mi corazón...

Anoche no podía dormir, pasaban las horas y el descanso no me visitaba ni para recordarme que era un fracasado; mi cerebro se torturaba en el recuerdo de mujeres cuyo corazón es una fortaleza inexpugnable de monosilábico centinela, sí, ese cuyo nombre contiene dos letras ¿puede que la primera sea una angulosa y cortante N? Más adelante te encuentras con el negro abismo de un pozo, con la circunferencia interminable y asfixiante de una O. Con llagados pies me levanté de mi humilde camastro encaminándome seguidamente a la sala de estar. A continuación, el rutinario ritual de tantas madrugadas, sentarse y buscar en la televisión entretenimiento que me aleje de negros pensamientos suicidas. Fulanas siliconadas, catadoras de futbolistas y toreros, maridos traicionados, presentadores guaperas, humoristas sin gracia, músicas banales, fútbol, sexo, insultos, escupitajos, ¿otra vez «Antes muerta que sencilla»?; avances informativos, guerras, asesinatos, violaciones, corrupción, Maldonado augurando soleados y cálidos anticiclones mientras en la calle caen chuzos de punta... ¿Y si pruebo en la 2? Hmmm, un documental sobre los barrios bajos neoyorquinos, Tom Waits canta «Ice Cream Man».

Una vez más la televisión no me consuela, es más, la rasgada voz de Waits acompañando esas nocturnas imágenes de Nueva York me ha puesto más triste. Me pongo el abrigo y salgo a la calle esperando que el frío polar del invierno me consuele o me mate. Tras más de dos eternas horas deambulando, y convencido de que no iba a encontrar ni un puñetero sitio abierto, me disponía a volver a casa cuando presencié una escena que de golpe me hizo olvidar todos mis pesares y ver negruras aún más dolorosas que la oscuridad que acecha en mi corazón. Allí, mudo, olvidado, en la oscura y anónima concavidad de un abandonado portal, allí estaba mi desco-

nocido salvador. Canosa y piojosa barba; abrigo tan gris como su vida, abrigo que no abriga ni consuela; raídos pantalones de pana; apolillado y calado gorro de lana; somier, colchón, sábanas y cobertor de cartón; ojos a los que ya no les quedaban lágrimas. Con temblorosas manos rescataba de un cubo de basura cercano los restos de unas alitas de pollo que alguien desperdiciara días atrás, el paso siguiente en la operación era arrancar con las uñas de los pulgares los gusanos que se regocijaban con la poca carne que quedaba adherida al hueso, unos mordiscos y el estómago aún vacío. Unos tragos a una botella de coñac barato robada de la parte de atrás de algún bar ayudaba a engullir tan repugnante manjar.

Desde entonces la imagen de aquel hombre se ha convertido en un recuerdo y obsesión constantes. ¿Quién era? ¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Acaso no habremos colaborado todos nosotros en su desgracia? ¿No seremos todos culpables de que mucha gente no encuentre su sitio? ■



La maldición

El espejo vibraba, la tensión hizo que se cuartease y poco después se rompió en pedazos, precipitándose al suelo. Un trozo, situado en la esquina del marco, aún desafiaba la ley de la gravedad. Celso se agachó para seguir mirándose en él. Durante unos instantes pudo ver su rostro en aquel pequeño fragmento, justo antes de que éste, sin poder soportarlo más, siguiese, con alivio, el camino de sus compañeros.

Definitivamente, era demasiado feo. Cualquier otro espejo hubiese hecho lo mismo de tener que reflejar una cara con esa húmeda nariz porcina, esos dientes de caballo, unas grandes orejas de chimpancé y un ojo de besugo que le permitía un ángulo de visión de 180° pero que daba mucha grima. Por si fuera poco, el ojo bueno se le quedó bizco haciendo señas al mús, en el bar del pueblo.

Sus vecinos no podían aguantar más, los veía hacer corrillos, cuchichear a sus espaldas.

Algo estaban tramando...

Este suceso ocurrió en un lugar llamado Prelo, un pueblo situado en el concejo de Boal y del que lo único que se podría destacar es la casona palaciega donde residían nuestro protagonista y su abuelo. Sus habitantes viven de la huerta, el ganado, la caza y en un constante estado de ansiedad y angustia, debido al sentimiento de que, en cualquier momento, aquel ser podía aparecéseles, a la vuelta de la esquina, dándoles un susto de muerte. Bien es cierto que Celso siempre salía de casa con una frondosa barba postiza, un gorro ruso de orejeras y un parche en el ojo de pez; pero su aspecto no mejoraba mucho y sus vecinos no podían aguantar más, los veía hacer corrillos y cuchichear a sus espaldas. Algo estaban tramando... Un día, su abuelo le convocó en el salón principal de la casona para hablarle de un tema de vital importancia. El abuelo se llamaba Ulises y, como éste, pasó mucho tiempo en el mar. Nació en La Habana, el mismo año que España perdió Cuba, y sus primeros recuerdos le sitúan en Panamá, donde trabajó como chico del botijo entre los obreros que construyeron el canal. Allí aprendió tres cosas que le serían muy útiles: mentir, robar y correr cuando la cosa se pone fea. Con este bagaje cultural, se alistó de grumete en el primer barco que cruzó el famoso canal con dirección al Pacífico. Sus huesos —porque poco más tenía después de la travesía— fueron a parar a Tahití, donde aprendió a ganar dinero al servicio de un judío francés que comerciaba con perlas y copra. Pasados unos años, quiso la suerte que Ulises heredase todo el negocio y la fortuna de su maestro, pues a éste no se le ocurrió otra cosa que regatear el precio de las perlas con los habitantes de

una de las miles de islas del archipiélago y que muy enfadados se lo comieron. Antropófagos creo que les llamaban... pero mejor será que él mismo continúe relatando su historia:

«A tu abuela la conocí en una de aquellas islas. Era la hermana del hechicero de la tribu, que, desde luego, no aprobaba nuestra relación, así que decidimos fugarnos. Amanecía cuando nuestra barca se separaba del embarcadero, entonces apareció su hermano en taparrabos, cubierto de amuletos y vociferando, muy enfadado, mientras agitaba un palo con una calavera en un extremo. Esto me dio muy mala espina, pero no supe hasta mucho tiempo después que nos había lanzado una maldición, una especie de mal de ojo —sobre todo para el ojo que contemplase a tu padre— por el cual mis descendientes serían más feos que el culo de un mono. Tu abuela me contó todo esto antes de marcharse a Hollywood, donde trabajó como actriz secundaria, haciendo películas de cine mudo de terror. Se acordaba mucho de tu padre; se notaba en las caras de angustia y pánico que ponía en sus películas, pero, en persona, no la volvimos a ver nunca más, sólo esa foto suya junto a un actor orejudo, muy repeinado y sonriente, nos recuerda su existencia.

»Por aquel entonces, vivíamos en Argentina, a donde nos habíamos desplazado huyendo de la maldición. Allí nació tu padre, al que llamamos Pi-fi'ó —nombre muy común en el Pacífico sur—, que vino a demostrar la cobertura global de la maldición. Cuando tu abuela se fue, él tenía 8 años y ya había que tragar saliva para mirarlo. Mi negocio de cría de capibaras no era muy rentable que digamos, así que decidí acabar de educarlo aquí, en el pueblo de mis antepasados, de los que heredé esta casona y una mina de carbón en Cangas del Narcea.

»A tu padre, siendo ya un chaval —o algo así— le llamaba poderosamente la

atención la mina, quizás porque en su oscuridad pasaba más desapercibido a los ojos de los humanos, y, sin mi consentimiento, se metió a trabajar de caballista. Siempre tuvo buena relación con los animales, se notaba que tenían muchas cosas en común. Las mulas adoraban sus incisivos, aquellos dientes eran la envidia de la recua y todas trabajaban encantadas a las órdenes de aquel herbívoro de dos patas que compartía con ellas hasta la comida. Al final, sólo salía al exterior cuando tocaba bañarlas. Una de esas ocasiones coincidió con la presencia en Cangas de un sucio circo ruso lleno de remiendos en el techo. Yo convencí a tu padre para que fuese a ver el espectáculo y acabó convirtiéndose en la atracción principal. Su trabajo como hombre elefante le hizo famoso en medio mundo, la gente acudía en masa para contemplar su espeluznante anatomía, cubierta solamente por un taparrabos. Allí se enamoró de la mujer barbuda —tu madre—, que afortunadamente —para ella— era ciega, y no se le ocurrió otra cosa que continuar la maldición engendrándote a ti. Considerando que la culpa de todo era mía, te dejaron bajo mi custodia para irse de misioneros a una leprosería de la India.

»Los años fueron pasando y tú cada vez eras más feo, una fealdad muy difícil de soportar incluso para un pueblo como este. Los gritos que rompían el silencio de la noche no eran producidos por fantasmas y brujas como yo te contaba, eran los gritos de tus vecinos al despertar de una pesadilla en la que tú siempre eras el protagonista. Ahora ellos me han propuesto un plan para solucionar este problema. En la capital hay unos doctores, que llaman cirujanos, dedicados a reparar todo tipo de anomalías corporales; contigo van a tener mucho trabajo y seguro que saldrá muy caro. En esta cartera que te entrego encontrarás una lista con las direcciones de estos admiradores

Celso no se anduvo por las ramas, arrojó sobre la mesa el dinero, las perlas y todo lo que ocultaba su rostro; sobraban las palabras...

de Víctor Frankenstein, el dinero recaudado por los vecinos y mi última bolsa de perlas. Mañana cogerás el autobús que sale de Boal, irás convenientemente disfrazado para no provocar el pánico, y no se te ocurra volver por aquí con la misma cara...»

Aún resonaban en su mente las palabras de su abuelo mientras se dirigía, en taxi, a la última dirección de la lista. Sus visitas a las clínicas anteriores se habían resuelto con estampidas en las salas de espera —llenas de gente guapa para sorpresa de Celso—, dos médicos con parada cardio-respiratoria, otro con crisis epiléptica y el resto aquejados por una grave flojera intestinal. A esa hora, la policía comenzaba a mostrar su retrato robot a los transeúntes del centro de la ciudad, iniciando la mayor epidemia de diarrea conocida en la capital.

El taxi salió pitando después de dejar a nuestro protagonista ante un edificio gris sucio. En el tercer piso estaba la consulta del doctor Walter Mariphuri, titulado en el estado de California, según el documento que colgaba de la pared. Sobre el escritorio, una foto de Michael Jackson estrechando su mano explicaba la presencia de un cirujano plástico estadounidense en Vallobín. Celso no se anduvo por las ramas, arrojó sobre la mesa el dinero, las perlas y todo lo que ocultaba su rostro; sobraban las palabras, aunque a Walter le faltaran para describir esa espantosa visión, sólo la experiencia profesional con Jackson y la acuciante falta

de dinero permitieron al doctor aguantar el tipo.

Tres días y sus noches tardó, inspirándose en la altura de su ceja derecha y sus prominentes orejas, en copiar el rostro de Clark Gable sobre la faz de nuestro amigo. La recuperación fue lenta y en una sesión de cura descubrió, en la librería de la consulta, una calavera incrustada en un palo tallado con extraños símbolos. Interrogando a Walter, descubrió que su abuelo fue un hechicero famoso en la isla de Bora-bora, al que nunca conoció y que, aparte de su apellido, le legó ese fetiche tan feo.

Desde entonces, la eterna sonrisa de Celso realizaba el parecido con su admirado actor. Sentía pena del doctor, ignorante de que en aquella librería se encontraba la clave para hacerse millonario, pero un mundo saturado de maldiciones agradecerá su silencio. Nunca volvió al pueblo y el público acude en masa al cine donde trabaja de acomodador. Entre pase y pase de película le gusta ojear el atlas que se compró para verificar que Bora-bora está muy cerca de Tahití. ■

ENTREVISTA A Xuan Bello

HISTORIA DE UNA HISTORIA UNIVERSAL

LA HISTORIA DE LA «HISTORIA UNIVERSAL DE PANICEIROS» ES LA TRETA DE UN REALISTA QUE NUNCA ASPIRÓ A SERLO, LA DISTANCIA ENTRE EL HUMO DEL CIGARRO Y EL CAFÉ, EL FUTURO HECHO PRESENTE DE LA LITERATURA ASTURIANA, EL HOMBRE QUE HA LOGRADO EMBAUCARNOS EN UNA MENTIRA HERMOSA: EL UNIVERSO EMPIEZA Y ACABA «DONDE LOS HOMBRES CALLAN Y EL SILENCIO ES RENUNCIA», EN PANICEIROS, EL LUGAR DE LA MEMORIA. XUAN BELLO, NARRADOR DE SUEÑOS; POETA QUE ASPIRA A INVENTAR LA VERDAD CONTANDO MENTIRAS.

He leído en una entrevista tuya que te gustan los «libros que se pueden abrir por cualquier parte».

Me gustan los calendarios en los que, además de la fecha y del santo, por detrás aparece una historia, y esa historia siempre es diferente, cada día trae una; cada día descubre la eterna novedad del mundo.

Otra frase tuya: «Hay que saber de dónde se viene para, por lo menos, saber a dónde no se quiere volver».

El olvido es la muerte, y una sociedad que olvida quién fue es una sociedad que está muriendo.

¿Cómo ves la situación actual de la literatura asturiana?

La situación del teatro, por ejemplo, ya no es tan mala. En cuanto a la poesía y la prosa, poco a poco van a ir saliendo nombres esenciales. Tenemos la suerte de tener entre nosotros a José Luís García Martín, que ha ejercido un magisterio, a través de la tertulia Oliver, imprescindible; y tenemos la suerte también de contar con una lengua vieja que vive un momento de adolescencia, es decir, el proceso de recuperación de la lengua asturiana. Esto acerca Asturias a procesos literarios muy dinámicos y de plena mo-

**AQUÍ, EN ASTURIAS, TENEMOS LA OBLIGACIÓN DE
REINTERPRETAR A NUESTRO MODO LA CULTURA
OCCIDENTAL**



Xuan Bello nació en Paniceiros en el año 1965. Tras años destacando dentro del panorama literario asturiano, autor de libros como *La memoria del mundu* (1997) o *La bola infinita* (2000), gana, en 1993 el premio Teodoro Cuesta de poesía, el más prestigioso de los que se convocan en Asturias, con *El llibru vieyu*. Recopila casi toda su poesía en 1999 en el volumen *La vida perdida*, edición bilingüe publicada por Llibros del Peixe. En el 2002, la editorial Debate saca a la luz *Historia Universal de Paniceiros*, primer libro en castellano del autor, que fue galardonado con el premio Villa de Madrid a la mejor obra publicada en el año. En el 2003 sale, también en Debate, *Los cuarteles de la memoria*, libro basado, como el anterior, en el universo de Paniceiros, aunque, si en la primera los escritos hablaban de la infancia, en este segundo es la juventud la protagonista. Actualmente, está trabajando en *La historia escondida*, que editará Areté, probablemente para el año que viene, y no ha dejado de escribir poemas, sin descartar la publicación de un poemario no muy lejos en el tiempo.

TENEMOS LA SUERTE DE
CONTAR CON UNA
LENGUA VIEJA QUE VIVE
UN MOMENTO DE
ADOLESCENCIA, LA
SUERTE DE ASISTIR AL
PROCESO DE
RECUPERACIÓN DE LA
LENGUA ASTURIANA



«Vi cómo moría un mundo y quiero dar noticia de él», ésa es la *Historia universal de Paniceiros*, un almanaque de recuerdos de la infancia del autor distribuidos en forma de poemas, fotografías o relatos cortos. «Aquí estamos todos los que nunca hemos ganado una batalla», afirma un indio sioux escritor en uno de los relatos del libro, y quizá así sea, quizá en este libro circulen todos los perdedores honestos como Capote, como el capitán Bobes, como Ros de la Lamiella.

Xuan Bello reinventa el pasado en una lucha por recuperar la identidad, por recuperar la lengua asturiana en la que la que esta historia universal está escrita originalmente. El alejamiento de la infancia se une con la nostalgia por la pérdida de un mundo irrecuperable; Josep Pla se une con Álvaro Cunqueiro y la poesía china, y la literatura gana un milagro, el milagro de una de las mejores novelas de los últimos años.

CONTAR CON UNA TERCERA LENGUA, EL GALLEGO-ASTURIANO, ES UNA SUERTE INMENSA

viene de la página anterior

derinidad, como puede ser el caso de la literatura chicana en Nueva York. Aquí, en Asturias, tenemos la obligación de reinterpretar a nuestro modo la cultura occidental.

**Xuan Bello, Pablo Antón Marín Estrada...
¿Podemos hablar de un «realismo mágico asturiano»?**

Más bien, realismo mágico noroccidental. El «santo patrón» sería Miguel Torga y los «apóstoles» serían: Álvaro Cunqueiro, Luis Mateo Díez, Ramón Pérez de Ayala... Habría también unos gran-

ES UN POCO «EXTRAÑO» QUE SE RECOMIENDE LA NO LECTURA DE ALGUNOS PERIÓDICOS

des evangelizadores: el pueblo asturiano, el pueblo leonés, el pueblo portugués, el pueblo gallego... que son tan generosos con la humanidad que nunca han parado de inventar historias.

¿Cómo fue la experiencia del disco-libro *La voz del riu* con Flavio Rodríguez Benito?

Fue una confluencia de dos disciplinas: la poesía y la música, que se hizo con la intención de crear una atmósfera hospitalaria. La casualidad nos juntó a Flavio y a mí en un acto que tuvo lugar en París, y Lisardo Lombardía nos ofreció más adelante grabarlo para Fonoastur, siguiendo así el ejemplo del disco que grabó Seamus Heaney con el gaitero irlandés Liam O'Flynn (*The poet an the piper*). Este año, en agosto, tenemos previsto presentarlo en el festival de Lorient.

Háblanos de tu próximo libro, *La historia escondida*.

Es un libro que aún estoy acabando, que fui anticipando en las páginas del semanario *Les Noticias*, como los anteriores, y que está madurando, poco a poco, en el cajón. Es una reinterpretación del universo de Paniceiros desde el punto de vista de las mujeres y, a la vez, una reflexión sobre la muerte del padre.

¿Para cuándo está prevista la presentación?

Para finales del 2005 o principios del 2006.

Coméntanos algo acerca de la polémica existente entre la Academia de la Llingua Asturiana y algún colectivo — como puede ser el periódico *Les Noticias* — por el asunto de la «fala» o gallego-asturiano.

Yo pertenezco a la Academia de la Llingua Asturiana y trabajo en el periódico *Les Noticias*; por lo tanto, comprenderás mi perplejidad ante este absurdo. Sinceramente, creo que la Academia de la Llingua Asturiana no estuvo a la altura de las circunstancias desde su fundación. Se concibió como una especie de reserva de las esencias y no sé si esa era su función. Lamento mucho que no sea otra cosa, pero no soy yo quién para juzgar el tra-



RUBANILLO

bajo de nadie. Es un poco «extraño», por decirlo de alguna manera, que se dediquen a recomendar la no lectura de periódicos, pero ellos sabrán. Yo nunca diría que no se leyera el *Lletres Asturianas*. **¿Qué postura tomas con respecto a la consideración del gallego-asturiano como parte de la lengua asturiana?**

En el occidente de Asturias hay unas 40 000 personas, entre el río Eo y el río Navia, que hablan una variedad lingüística que se incluye dentro del sistema lingüístico galaico-portugués. Esto es un hecho objetivo que no da lugar a discusión, pero sí a matices: es un habla de transición entre el gallego y el asturiano que tiene unos rasgos asturianos muy notables. Mi opinión al respecto es pen-

sar que los asturianos tenemos una suerte inmensa, que es poder contar con una tercera lengua, una lengua que hablan un número determinado de personas y que, por tanto, hay que defender y hacer oficial en su territorio.

Oficialidá...

El restablecimiento de la justicia en Asturias. Es la equiparación jurídica de los derechos lingüísticos de los asturiano-hablantes y de los castellano-hablantes. Vivimos en un estado que garantiza a todos los ciudadanos la igualdad ante la ley, y los que hablamos en asturiano no tenemos esos mismos derechos.

Aconséjanos un libro en prosa

Recomiendo la obra de la poetisa asturiana Esther Prieto.

Un poema...

«La fuga de la muerte», de Paul Celan.

Una película...

Soy poco cinéfilo... *Vértigo*, de Hitchcock.

Una música...

La de Pedru Pereira y las «Variaciones Goldberg» de Bach. ■

XUAN BELLO (PANICEIROS, 1965)

LIBROS PUBLICADOS

- Los cuarteles de la memoria (2003)
- Historia Universal de Paniceiros (2002)
- La Bola Infinita (2000)
- La vida perdida (recopilación) (1999)
- La memoria del mundo (1997)
- El llibru vieyu (1993)



El caso Abramavicius

In memoriam, Georges Perec

Vasili Pávlovich Aksentiev, conde de Abramavicius, había nacido en San Petersburgo en 1883. Heredero de una incalculable fortuna, célibe y sin hijos, la revolución de octubre del 17 le arrancó sus propiedades en Nizhni-Nóvgorod, con sus muchas *desiátinas* de magníficos bosques y campos cultivables, sus legiones de almas campesinas, sus asombrosas reservas de cebada, grano y azúcar. Sin embargo, la colectivización de sus tierras y la conversión de su residencia veraniega en escuela pública para los desdentados hijos de los *mujiks*, no impidieron que huyera a Francia llevando consigo una nada despreciable cantidad de oro, las joyas de su abuela Ekaterina Filípovna, amante del divino Pushkin, y un legado de iconos del período bizantino tardío sin rival en Occidente. La riqueza del conde de Abramavicius

La riqueza del conde de Abramavicius era sólo comparable a su excentricidad. Fanático por tradición y cínico por vocación, el noble destinaba todo su tiempo al fetichismo

era sólo comparable a su excentricidad. Fanático por tradición y cínico por vocación, el noble destinaba todo su tiempo al fetichismo. Obsesionado con la creación de un museo que reflejara la providencial labor que Rusia había desempeñado en el curso de la historia, viajó a París rodeado de lujo y maravillas, portando en su equipaje (cuatro coches de posta tirados por caballos lapones y un carguero, el *Evónimus*, que recorrió el trayecto que une los puertos de Sajalin y Le Havre) tesoros tales como el primer ucuse firmado por Iván IV el Terrible contra la expansión de los boyardos, allá por 1566, el puñal con que Sofía de Anhalat, futura Catalina II, hizo degollar a su marido, Pedro III, mientras dormía el sueño de los borregos, y el cáliz de plata en el que Alejandro I y Napoleón Bonaparte degustaron vinos del Mosela en Erfurt antes de convertirse en enemigos irreconciliables.

Abrumado por la artritis, aunque arrebatado por la belleza de la mansión versallesca que arrendó al poco de pisar suelo galo, con el paso de las décadas el conde de Abramavicius parecía haber olvidado su pasión coleccionista, hasta que un suceso en apariencia inocuo le puso sobre la pista de otro tesoro de incalculable valor: el perdido cráneo del difamado *staretsz* Grigori Efimovich Rasputin, curador del *zarévich* Alexis, muerto a manos de intrigantes palaciegos meses antes del advenimiento bolchevique.

Un mediodía de agosto de 1953, mientras podaba con mimo un rosal, se acercó al conde uno de sus caballerizos, Viacheslav Efimov, a contarle que su primo Guennadi Kosma, recién llegado de Polonia, solicitaba permiso para guardar en

las bodegas ciertos documentos comprometedores que había conseguido evadir de la Unión Soviética. Efimov le aseguró al conde que su primo Gennadi, colaborador del general Kornílov durante la época del gobierno Kérenski, se había labrado una merecida fama de anticomunista. El conde de Abramavicius aceptó a regañadientes: le agobiaba el calor y no deseaba discutir con su subordinado acerca de la ideología política de un familiar. Aquella misma noche, vencido por el dolor de sus articulaciones y asediado por el fantasma bigotudo de Josef Stalin, no pudo resistir la tentación de visitar la bodega para degustar, a falta de ampollas de morfina, un delicioso burdeos de Sauternes con el que su amigo Pierre Barnavaux, duque de Bellerval y descendiente por vía directa del heroico mariscal Kleiber, le había obsequiado durante las pasadas fiestas navideñas.

Estaba limpiando con una gamuza húmeda una botella de Château-Nairac cuando vio junto a la escalera una cartera repujada en piel de carnero, con las iniciales G.K. cuidadosamente estarcidas al lado del cierre. El conde, indiscreto, procedió a exhumar su contenido, encontrando una lista de apellidos que nada le decían (Kagamánov, Ajmátova, Kucharski, Piej, Orlovaki, Nikitin), diversos mapas del Volga, el Dniéper, el Dvina y otros ríos importantes, un puñado de pasaportes grasientos de procedencia británica y, bajo un doble fondo, escondido a la vista, un pequeño libro encuadernado en madera. Al conde de Abramavicius el corazón le dio un vuelco, la fatiga de las piernas le desapareció al instante y blasfemó en su lengua materna, que desde hacía meses sólo empleaba con los mozos de cuadra, los jardineros y su costurera particular.

El volumen en cuestión era la famosísima *Istoria ruscoi revoliutsii* de Dmitri Seschkiavinski, antiguo preceptor de la princesa Tatiana, caído en desgracia a resultas del robo de varias cartas compro-

metedoras, y único conocedor, en calidad de sepulturero, del lugar exacto donde la cabeza de Rasputin fue enterrada tras ser arrojado el resto de su cuerpo al Neva. Durante años fue un secreto a voces que la *intelligentsia* bolchevique había buscado el manuscrito en vano, temiendo que, al ver la luz el documento, una turbamulta de visionarios, santones y lunáticos pusiera patas arriba la recién nacida república.

A la muerte del preceptor, acaecida en Marruecos en 1935, país al que llegó por una ruta descabellada (China, Japón, Formosa, Irak, Egipto, Túnez) huyendo de los incansables mastines del Ejército Rojo, se sabía que la obra había ido a parar a manos de un periodista español destacado en Tánger, un tal Jiménez de Elisburu, monárquico radical, quien a su vez, y enterado de la plétora de conspiradores que perseguía el libro, lo aprendió de memoria antes de bañarlo en una solución de ácido cítrico, turba y permanganato que, según indicaciones de la antigua sabiduría sufí, volvía invisibles los textos. Hecho esto, el español regresó a su patria, e hizo grabar en el libro ahora blanco, junto a la fórmula que devolvía a las páginas su legibilidad, la leyenda *Sub rosa*, que en latín no sólo hace referencia al hermoso mes de mayo sino a todo proceso cuyo curso sumarial es secreto. La rocambolesca historia, narrada por un erudito rusófilo de origen finés, Aarvo Pähola, coetáneo del propio conde de Abramavicius y profesor emérito en los Estados Unidos, concluía con la desaparición del libro blanco durante la toma de Madrid (Jiménez de Elisburu, que cubría el avance de los nacionales, halló la muerte al ser mordido por un perro contagiado de rabia). Pähola, en su estudio *Who's who in russian affairs*, Oxford University Press, Nueva York, 1948, maneja tres hipótesis de trabajo: o bien el libro había caído en manos de los milicianos, con lo que su suerte —Pähola di-

xit— estaba echada; o bien Jiménez de Elisburu había cedido el ejemplar a algún allegado (Pähola aportaba hasta quince testimonios de familiares y amigos que calificaban al periodista de «reservado, hermético y misántropo»); o bien el difunto Seschkiavinski, antes de morir de tifus, había escrito a Jiménez de Elisburu el nombre de la persona que, allá en la indómita Rusia, debería recibir sus memorias para así restituirlas al pueblo creyente, su único y legítimo propietario. Cuando el conde de Abramavicius descubrió la figura del sabio laureado con el índice sobre los labios, cuando admiró la exactitud con que el rótulo *Sub rosa* había sido trazado hasta cinco veces con mano experta, cuando al pasar las amarillentas páginas advirtió la caligrafía barroca y apretada del español con la receta mágica que devolvía al lector los inmarcesibles arcanos del texto, sus cristalinidads carcajadas debieron remover en su tumba los cenicientos huesos del mismísimo Luis XIV.

A la mañana siguiente el conde llamó a Efmov y le anunció que deseaba reunirse con su primo de inmediato. Instruido por el caballerizo para llegar hasta un modesto apartamento del bulevar Huysmans, el conde penetró en una horrible habitación de alquiler, con paneles de metal en las paredes y suelos de hule, repleta de ridículos bibelots y fotografías de Veronica Lake con media cara tapada. El conde fue sincero. Le ofrecía a Kosma cinco millones de francos por su silencio y el libro. Kosma, que parecía saber muy bien lo que tenía entre manos, aseguró que no aceptaría menos de veinte millones, añadiendo que había recorrido media Europa con una bomba de relojería en sus alforjas buscando a un médico francés, un tal Sismondi, que poseía la clave para devolver el libro a su estado primitivo. Atónito por la revelación, el

conde se enteró por boca del primo de Efmov que la fórmula copiada por Jiménez de Elisburu resultaba de todo punto falsa, y que la verdadera combinación obraba en poder del mencionado galeno, que en su momento había atendido a Seschkiavinski durante sus penúltimas horas. A lo que se ve, desconfiando de ambos hombres, el preceptor había decidido ceder a cada uno la mitad de su secreto, para que de ese modo ninguno de ellos pudiera aprovecharlo a su antojo. —Pero entonces Pähola se equivocaba —respondió emocionado el conde.

—No exactamente —sentenció con una sonrisa lúbrica el primo del caballerizo. La verdad es que las tres hipótesis, por una suerte de circunstancias que no haríamos mal en calificar de milagrosas, llegaron a confirmarse. En efecto, Jiménez de Elisburu, antes de partir hacia Madrid, dejó el original a un compañero suyo de fatigas, un tal Salmones, sin decirle una palabra acerca de su fantástico contenido. Salmones, que vivía en Gijón, al norte del país, fue visitado una noche en su domicilio por una patrulla de republicanos. Entre otros papeles sospechosos, requisaron la *Istoria* de Seschkiavinski. Hasta aquí, las hipótesis del amigo y de los milicianos se cumplían de modo parcial. El giro inesperado se producía más tarde. Los soldados, que se habían llevado el libro más por diversión que por curiosidad, al ver que su título estaba en ruso y que en sus primeras páginas aparecía la figura de un viejo llevándose un dedo a los labios, un abstruso latinajo y lo que parecía ser una simple receta de cocina, decidieron gastarle una broma a sus victoriosos camaradas. Tomando los datos prestados de un viejo programa de mano de la gira que realizó por España el ballet Kírov durante el invierno de 1931, remitieron el libro a la atención de Serguéi Moiséievich Negrásov, supuesto burócrata con cargo de consejero en el Ministerio de Industria.

Y aquí es donde la hegeliana astucia de la razón o algún demiurgo caprichoso hacen su aparición en escena. Serguéi Moiséievich Nekrásov no sólo existía, sino que era profesor de lenguas muertas en el Politécnico Lenin de Moscú. El eficiente y tozudo sistema de correos soviético, a pesar de que la dirección del remite era absolutamente falsa, consiguió dar, entre más de cien millones de varones, con el nombre que aparecía en el humilde papel de estraza del que se sirvieron los milicianos asturianos para envolver su inocente broma (huelga mencionar que resulta paradójico, dado el celo y la desconfianza casi legendaria que se le suponen a un funcionario comunista, que ningún alma bella expurgara el contenido del paquete). Al descubrir lo que el hado había puesto ante sus ojos, Nekrásov, antiguo seguidor trotskista que despreciaba profundamente la política de expansión de Stalin, sus purgas, pogromos y violencia despótica, no lo dudó un instante. Como hombre culto no era ajeno a la existencia del manuscrito de Seschkiavinski; como hombre traicionado en sus ideales decidió venderlo, a cambio de un módico precio, a un grupo de nostálgicos del periclitado régimen.

Durante trece años el libro permaneció en lugar seguro, oculto en una recoleta *dacha* de Tsárskoie Seló, hasta que se descubrió el paradero de Sismondi y el enlace fue enviado en su búsqueda. El resto era fácil de deducir. Todo hombre tiene un precio: el de Kosma era veinte millones de francos. La causa zarista dejó de interesarle desde el momento en que abandonó Varsovia.

El conde de Abramavicius debería haberse detenido a reflexionar, haciéndose servir un té bien amargo en un samovar de plata. Debería haber sospechado de los dientes mellados y sucios de sarro de Kosma, de la imposible historia del libro que viaja de China a Marruecos y de Gijón a Moscú; debería haber dudado del

cuento de la fórmula mágica y del trotskista arrepentido, de un azar de pronto desmelenado que hace que coincidan las alucinaciones de un escritor de Helsinki con los deseos ocultos de un temerario preceptor de princesas; pero la codicia, el afán de gloria o acaso simplemente el aburrimiento de un hombre ya viejo, guiaron esa misma noche sus pasos hacia la consulta de un lujoso piso no muy lejos del Quai de Conti, donde fue recibido por un hombre feísimo, de mediana estatura, con un curioso parecido a René Descartes, que dijo llamarse Ferdinand Sismondi. El estomatólogo, hombre más versado en objetos hermosos que Kosma pero no por ello menos ambicioso, consintió en officiar de brujo a cambio de dos de los iconos bizantinos propiedad del conde de Abramavicius, de cuya existencia estaba sobradamente informado gracias a la lectura de revistas de arte.

—Soy un gran admirador suyo —acertó a decir a su noble visitante.

Sismondi procedió con gusto. Exigió *El milagro de Chonoé*, obra pintada en el siglo xvii que representa al arcángel Miguel golpeando la tierra con su cayado, y el espléndido *Cristo en el atrio del infierno*, también de la misma época, donde se reproduce el descenso del Hijo a los Campos Elíseos tal y como aparece narrado en Mateo 28, 1-10, Marcos 16, 1-8 y Lucas 24, 1-12.

El conde no regateó. Una semana más tarde se realizó el trueque en su propia casa. Sismondi no se prestó a taumaturgia alguna para devolver al libro sus caracteres cirílicos, obviando el azufre, los acólitos de Mefistófeles y las llamaradas azules. Trajo la poción en un vulgar frasco de cocina que vertió sin especial esmero sobre el original. Kosma cogió el dinero en metálico y se evaporó en el aire cálido de Versalles. El médico tuvo la deferencia de compartir una copa de Corton Charlemagne con su anfitrión. Después apretó

con fuerza su diestra, hizo una genuflexión hasta el suelo y se marchó sin volver la vista atrás. El conde de Abramavicius, cara a cara con la grafía de sus antepasados, derramaba lágrimas robustas.

★★★★★

De repente, justo al final de la página 45, tras narrar con todo lujo de detalles los gustos alcohólicos de Rasputin y describir a la Virubova, la gran bruja de palacio, como «una señorita de San Petersburgo vulgar y necia, y además fea, con una cara que parecía una burbuja de manteca al derretirse», el texto de Seschkiavinski se convertía en ininteligible. La página 46 reservaba al conde de Abramavicius una desagradable sorpresa: una vulgar lista de la compra («cuatro puerros grandes, dos kilos de zanahorias, trescientos gramos de queso de cabra, bacalao, un tarro de jarabe de grosella, una escoba») escrita con letra burda y un tanto infantil. Las siguientes páginas acabaron por sumirle en una profunda melancolía: números de teléfono, borradores de cartas comerciales, caricaturas de mujeres y animales, direcciones bancarias y hasta un «Viva el CSKA de Moscú» que le provocó una irritación gástrica.

Buscó a Efmov hasta el alba. Mandó que registraran burdeles, cantinas e incluso hospitales por si había sufrido un accidente de motocicleta, pero el caballerizo se había volatilizado. El apartamento del bulevar Huysmans estaba desierto. No quedaban ni las fotografías de Veronica Lake. La portera, interrogada ante un consumo de pollo a las dos de la madrugada, negó conocer a Kosma o, en su defecto, a cualquier hombre de aspecto eslavo y dentadura infecta. Tampoco en el Quai de Conti hubo suerte. Era cierto que allí vivía un médico llamado Ferdinand Sismondi, pero el buen hombre pasaba los veranos en Ostende, en la casa de campo de sus suegros. No, le aseguró en las escaleras un mozo que estudiaba en la univer-



Una (micro)historia de amor al estilo Millás

sidad y regresaba de tomarse unos tragos, el señor Sismondi no se parecía a Descartes, sino más bien a Maurice Chevalier. Una vez más el caso Abramavicius puso de manifiesto la estrecha relación existente entre el talento para la farsa y la necesidad que experimentan ciertos hombres de ser engañados por sus semejantes. Parece improbable que una persona tan versada en asuntos de poder como era el conde, se dejase tomar el pelo de esa forma. Pero tampoco resulta extraño suponer que, desde el primer momento, desde la petición de Efmov y el descenso a la bodega, el conde hubiera aceptado de buen grado aquel juego en que parte de su fortuna estaba sobre el tapete. Así, no traicionaremos demasiado la verdad al inferir que Vasili Pávlovich Aksentiev, conde de Abramavicius, aburrido de Versalles, los franceses y sus rosas blancas, nostálgico de los tiempos en que coleccionaba retales de historia para las generaciones futuras, consintió en aceptar una trama tan fantástica como bien urdida, poniendo al servicio de la misma la bondad de sus setenta inviernos...

¿La bondad?

En febrero de 1955 dos estafadores con pasaporte húngaro, Atanas Szabo y Mihail Ashkenazy, fueron detenidos en Viena por intentar vender iconos falsos, del bizantino tardío, a una pareja de turistas de Indianápolis que, para su desgracia, resultaron ser agentes del departamento contra el fraude. Un tercer cómplice, amparado bajo el alias de Gyula Reti, fue detenido fechas más tarde en Salzburgo, en su habitación del hotel Carlton, no muy lejos del museo Wolfgang Amadeus Mozart, mientras intentaba desesperadamente convencer a un honesto jubilado de que los francos que deseaba cambiar por coronas austriacas eran moneda de curso legal. ■

Qué cosas... Hace un par de días, cuando llegué a casa, me encontré con que algún gracioso había dejado allí una cuna. Sin siquiera mirar su contenido me puse muy nervioso sólo de imaginar la tragicomedia que podría suponer mi paternidad y al bajarla escaleras abajo, para que alguien viniera a recogerla, se puso a discutir con un escalón un tanto rebelde que le había manoseado las ruedas: qué poco respeto, es usted un grosero, menudo atrevimiento... y entre tanta discusión a la cuna se le cayó la c. No iba yo a dejarla así, que yo soy un caballero, así que, para solucionar el problema, tuve que ir al súper a ver si tenían alguna c pero nada, que estábamos de rebajas y las c habían salido muy baratas y, claro, quién no quiere tener una c en casa por si acaso. Así fue que tuve que subir a casa con una, muy angustiado, porque dice mi madre que no es bueno llevar desconocidas a casa.

Aquella una parecía buena muchacha, pero tenía un leve problema de promiscuidad y todo el día arriba-abajo. Claro,

la vecina se quejaba por el ruido y yo le decía que ya, pero que vaya problema, que la una todo el día quería y que yo no sabía cómo deshacerme de ella. Entonces la vecina me dijo que ella tenía por ahí una l muy vieja de cuando la guerra y eso. Y así fue cómo, gracias a mi vecina —extraña cosa—, la luna durmió conmigo aquella noche. Hicimos el amor muchas veces porque yo echaba un poco de menos la promiscuidad de una, pero al día siguiente la l de la vecina que era de la guerra y eso, estaba algo vieja y se rompió, y volvió una a casa y vaya lío. Me gustaba que volviera pero, claro, la vecina... qué les voy a contar. Como medida de urgencia volví al súper a por alguna letra por cara que fuera y me recomendaron una t, que estaban saliendo muy rentables las t. Así que llegué a casa y me encontré con que tenía una tuna y ahí empezó mi ruina. No me dejan dormir y mi vecina me ha denunciado por ruido y, además, no hacemos el amor. Cualquiera día les robo la t y me vuelvo con una, la echo de menos... ■

El regalo

Acentuados los síndromes del tabaco en mi garganta, que se retorció como un gato recién atropellado a cada calada del cigarrillo mientras mis torturados pulmones respiraban con dificultad el aire viciado de nicotina que inundaba el cuarto, ya había perdido la cuenta de cuántas cajetillas había fumado aquel día, y la noche amenazaba con ser larga, el insomnio parecía haberle propinado una buena paliza a Morfeo, no se atrevía a hacerme una visita aquella noche. Ella dormía, plácida, sobre la cama desecha de amor, soñando que me abrazaba. Yo, mientras tanto, la observaba desde lejos, desde el final del cuarto, sentado al lado de la ventana. Apoyado contra la pared más alejada del cuarto, como si la simple distancia física no fuera suficiente para estar lejos de sus sueños, de sus brazos.

Miraba atentamente el amasijo de sábanas y carne dormida del que hacía horas o meses que me había separado, escudriñaba en el cómo, intentando buscar algún síndrome de familiaridad o de cariño, intentando descubrir alguna razón para volver a formar parte de aquel cuadro, pero yo mismo, sin darme cuenta, había borrado definitivamente mi imagen de su lado, para mí hacía tiempo que dormía sola, conversaba sola... e incluso hacía el amor sola. Pensé en despertarla y hablar con ella de todo esto, en explicarle lo que hacía tiempo que me estaba pasando, en acabar de una vez con toda esa farsa. Estaba cansado de alimentar una vida vacía, inerte de sentimientos, que sólo avanzaba con la monótona fuerza de la inercia que otorga la costumbre.

Entonces me levanté de la silla y me

Entonces me levanté de la silla y me acerqué a la cama con la intención de despertarla. Me senté a su lado y cuidadosamente aparte el pelo de su rostro, y de mi boca intentaron salir unas palabras mudas, ni tan siquiera recordaba ya su nombre

acerqué a la cama con la intención de despertarla. Me senté a su lado y cuidadosamente aparte el pelo de su rostro, y de mi boca intentaron salir unas palabras mudas, ni tan siquiera recordaba ya su nombre, no podía reconocerla, su cara se confundía con miles de caras totalmente ajenas a mí, y fue inútil cualquier intento de justificarme, no tenía ninguna necesidad de hacerlo, tan sólo podía irme, desaparecer de su vida repentinamente, al igual que ella había desaparecido de la mía.

Sin más explicación que la incógnita, pues yo tampoco podría explicarle nada, porque nada sabía, ni tan siquiera a mí podía darme una respuesta de porqué las cosas súbitamente se acaban, desaparecen sin dejar rastro ni siquiera en un rincón de la memoria, de cómo el amor se extingue, se ahoga como un fuego sin oxígeno, de forma silenciosa, sin escándalos, sin señales. Un día te despiertas y ya no está, se ha ido y no tienes la certeza de si alguna vez ha existido o sólo ha sido una ilusión óptica provocada para combatir nuestra propia soledad.

Me puse la ropa y busqué otro cigarrillo, pero el paquete que al principio de la noche estaba repleto, ya sólo contenía una última dosis de nicotina. Retorné a mi rincón, alejado al lado de la ventana, y comencé a fumar aquel cigarro de despedida. Las gotas de lluvia salpicaban los cristales empañados de la ventana, y la luz del amanecer se filtraba por sus prismas distorsionando el frío paisaje de invierno. Me puse el abrigo y salí a comprar tabaco con la idea de no regresar. Yo sabía que ya no la volvería a ver más en cuanto cruzara la puerta de aquel cuarto, que el mejor regalo que le podía hacer aquella mañana, el día de su cumpleaños, era mi ausencia, pues no se merecía a alguien que no era capaz de recordar su nombre y ante un «te quiero» le respondía con un silencio tan profundo que era capaz de ahogar todas sus esperanzas. ■

DOSSIER

Feminismo en España

DE LOS PRINCIPIOS AL OBLIGADO SILENCIO

DE CONCEPCIÓN ARENAL A CLARA CAMPOAMOR, DEL ACCESO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR AL DERECHO AL VOTO... EN ESTE TEXTO, HABITADO POR MUJERES COMO EMILIA PARDO BAZÁN, TERESA CLARAMUNT, MARÍA DE MAEZTU, ZENOBIA CAMPRUBÍ, MARGARITA NELKEN... Y TODAS AQUELLAS DE LAS QUE NUNCA SE QUIERE HABLAR, NURIA VARELA RESCATA DEL OLVIDO LAS HISTORIAS SILENCIADAS DE QUIENES HAN JUGADO UN PAPEL DECISIVO EN EL DEVENIR DE ESTE PAÍS, DE LOS DERECHOS UNIVERSALES Y, TAMBIÉN, DE LAS LIBERTADES INDIVIDUALES

DEL LIBRO <FEMINISMO PARA PRINCIPIANTES>



GETTY IMAGES

QUE EN ESPAÑA NO HAYA HABIDO, hasta la muerte de la dictadura franquista, un gran movimiento de mujeres ni un movimiento sufragista no quiere decir que históricamente no contara con pequeños grupos organizados ni con mujeres rebeldes que se negaran a vivir un destino no deseado. Concepción Arenal* fue la primera que disfrutó de la reclamación por excelencia de todas las feministas: educación superior. En 1882 era Dolores Aleu quien defendía su tesis doctoral ante el tribunal que la examinaba: «Hago uso de un derecho ya indiscutible, por más que —y esto es lamentable— tenga límites en un corto número de españolas [...] Parece increíble que haya quien

crea y diga que la instrucción de la mujer es un peligro [...] Hágase, si no, la prueba: póngase al niño y a la niña en las mismas condiciones, tanto de instrucción como de educación, tanto del medio como de los alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales, y creo que nos encontraremos con mujeres que saldrán buenas y otras que serán inútiles, lo mismo que pasa con los hombres».

Aleu se convertía en la primera mujer doctorada. Fue coetánea de Emilia Pardo Bazán, la gran rebelde, la primera mujer en recibir una cátedra de Literatura —que nunca pudo ejercer— en la Universidad Central de Madrid, y la que más sacó los colores a la Real Academia Es-

Hágase la prueba: póngase al niño y a la niña en las mismas condiciones, tanto de instrucción como de educación, tanto del medio como de los alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales, y creo que nos encontraremos con mujeres que saldrán buenas y otras que serán inútiles, lo mismo que pasa con los hombres.

Concepción Arenal, primera mujer en disfrutar de la reclamación por excelencia de todas las feministas: educación superior (dibujo de F. González, tomado de *Ellas mismas, mujeres que han hecho historia contra viento y marea*, María Teresa Álvarez, La esfera de los libros, 2003)



F. GONZÁLEZ

CONCEPCIÓN ARENAL. Nacida en El Ferrol (1820), decide estudiar en Madrid. Para ello, se viste de hombre y acude como oyente. La Inquisición se abolió en 1834, así que lo de Arenal fue más que un acto de rebeldía. Reformista, toda su vida hizo lo que quiso con inteligencia. El precio: esconder que era una mujer. En 1860 escribe *La beneficencia, la filantropía y la caridad*, obra que mereció el premio de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Hubo de presentarla con el nombre de su hijo, sospechando que no galardonarían a una mujer. Así, Arenal se convierte en la primera mujer premiada por una academia. Comparte las colaboraciones periodísticas en el diario *La Iberia* con su esposo, Fernando García Carrasco. Viuda, su mejor amigo demuestra que era ella quien realmente escribía y, por lo tanto, lo justo de mantenerle el trabajo, y el sueldo, único ingreso para ella y sus dos hijos. El director acepta pero decide pagarle la mitad que a su esposo. En 1865 publica *Cartas a los delincuentes*, obra pionera en la que trata de demostrar que la delincuencia es resultado de la marginación social. En 1868 da a conocer *La mujer del porvenir*, estudio seguido en obras posteriores por autoras como Emilia Pardo Bazán.

La tremenda situación en la que se encontraban las trabajadoras quedó reflejada en los informes de la Comisión de Reformas Sociales creada en 1883. Según éstos, las mujeres trabajaban entre doce y catorce horas diarias en condiciones infrahumanas, en centros industriales con pésimas condiciones higiénicas y, en la mayoría de los casos, situados a kilómetros de distancia de sus hogares

pañola —a la que, por sus respuestas ante las peticiones de ingreso, parece que el reconocimiento de las mujeres no le importaba lo más mínimo—. Antes que Pardo Bazán ya habían intentado entrar Gertrudis Gómez de Avellaneda y Concepción Arenal. Ninguna lo consiguió. La Real Academia permaneció cerrada a las mujeres ¡300 años!, hasta 1981, cuando Carmen Conde, por fin, rompió el abuso. Pero ninguna aspirante fue tan explícita como Pardo Bazán: «Que se otorgue al mérito lo que es sólo del mérito y no del sexo».

Se cerraba el siglo XIX con las españolas en la universidad y en las artes, aunque el mundo del conocimiento permanecía sin conquistar —los intelectuales aún

aceptaban muy mal la competencia en el feudo del saber—. La enorme cultura y curiosidad de Emilia Pardo Bazán* no siempre fueron reconocidas con admiración. La sociedad la calificó, a modo de insulto, de heterodoxa, atea, pornográfica, naturalista y feminista.

¿Por qué se ha de continuar llamándonos sexo débil?

Los varones no sólo aceptaron mal la competencia intelectual, lo mismo ocurrió en las fábricas. En esa época, en la que las españolas comenzaban a asomarse por la universidad, miles de mujeres ya trabajaban en la industria en condiciones de extrema dureza. Aunque España permanecía ajena a las ideas más modernas o renovadoras, la industrialización, comenzada de forma tímida a finales del siglo XIX, incorporó masivamente a las mujeres. La tremenda situación en la que se encontraban las trabajadoras quedó reflejada en los informes de la Comisión de Reformas Sociales creada en 1883. Según éstos, las mujeres trabajaban entre doce y catorce horas diarias en condiciones infrahumanas, en centros industriales con pésimas condiciones higiénicas y, en la mayoría de los casos, situados a kilómetros de distancia de sus hogares. Así las cosas, ese mismo verano se convoca en Sabadell la huelga de las siete semanas, que movilizó a miles de trabajadoras y en la que destacó Teresa Claramunt,* una de las primeras españolas obreras con discurso feminista.

La reacción a esta protesta en Sabadell no se hizo esperar. En España, el siglo XX comenzaba con la ley de trabajo de mujeres y niños, promulgada en 1900. Fue la primera de una serie de medidas legislativas que limitaron el trabajo de las mujeres en la industria. Como bien dijeron las socialistas feministas europeas, no se trataba de proteger a las mujeres, sino de echarlas del trabajo remunerado. Sus compañeros, en vez de defender igual salario a igual trabajo, y con ello

evitar que a las mujeres se les bajaran los sueldos, convirtiéndose en competencia ilícita, y conseguir que el trabajo se repartiera por igual entre ambos sexos, optaron por lo contrario, hicieron huelgas, entre ellas las de varias fábricas de pasta de Barcelona, donde llegaron a estar cuatro meses sin trabajar, hasta que consiguieron expulsar a las mujeres.

Pero las obreras debieron pensar algo similar a lo dicho en 1846 por Carolina Coronado sobre las mujeres en el arte: «Es inútil que decidan si la poetisa debe o no existir, porque no depende de la voluntad de los hombres». En 1930, eran el 12,6% del total de la mano de obra. Sin embargo, las condiciones sociales para ellas fueron tremendamente restrictivas. Su vida laboral no solía superar los 25-30 años —por matrimonio o nacimiento de los hijos eran obligadas a abandonar el trabajo asalariado y dedicarse por entero a la familia; sus empleos se consideraban subsidiarios a los del esposo; para ellas, las opciones profesionales estaban limitadas—. En todos los campos las puertas estaban cerradas para las mujeres, pero éstas demostraron una audacia insólita.

El ángel del hogar

Las españolas, todas, por decreto, tenían que ser ángeles, eso sí, recluidos en sus hogares. A comienzos del siglo xx, hasta que Clara Campoamor, casi en solitario, hace del voto femenino un derecho irrenunciable, en España sólo existía un modelo femenino aceptado socialmente. La mujer era considerada inferior por su debilidad física y psíquica y, por lo tanto, estaba justificada su permanente tutela por un varón; primero el padre; luego, el marido; porque lo adecuado era estar casada, y ser madre, el único objetivo vital. Ser una mujer soltera era lo peor que podía ocurrir y sólo el convento se aceptaba como alternativa. Además de estas obligaciones sociales y de servicio a los demás, también tenían obligaciones de carácter, debían ser obedientes, abnegadas, humil-

EMILIA PARDO BAZÁN. Había nacido en A Coruña, en 1851. Fue hija única de una familia con economía desahogada. Con 17 años ya estaba casada con José Quiroga, con quien tendrá un hijo y dos hijas. Las filias y fobias políticas de su padre llevaron al joven matrimonio de Galicia a Madrid y de allí por media Europa. Cuando en 1873 la familia regresa a Madrid, Emilia Pardo Bazán tiene 22 años y ya había aprendido inglés, francés y alemán.

La escritora comienza a publicar novelas con reconocimiento del público hasta que escribe unos artículos sobre el naturalismo que resultan muy polémicos y la colocan en el centro de todas las críticas. No sólo literarias, claro: se le reprocha que esté casada, que tenga hijos, que sea mujer, en definitiva. La presión es tal que su marido, hasta entonces cómplice y admirador de su obra, le exige que abandone la literatura. Pardo Bazán elige abandonarlo a él y el matrimonio se separa. La primera novela de la escritora tras esa ruptura es *La Tribuna*, una obra novedosa y sólidamente documentada que defiende los derechos de las cigarreras, una actividad industrial ocupada en España masivamente por mujeres.

des y cariñosas; debían estar siempre dispuestas para las atenciones que requirieran el resto de los miembros de la familia. Una única virtud era inexcusable: tener probada honradez o, en palabras de Pardo Bazán, «poseer o simular poseer una única virtud, la castidad». Este ideal de «ángel del hogar» era defendido por los discursos teológicos y científicos, y cuestionado por obreras y feministas. Como las contradicciones se hicieron evidentes, se modeló el discurso patriarcal para adaptarlo a los nuevos tiempos: el concepto de inferioridad natural se sustituyó por el de las diferencias biológicas y psicológicas entre hombres y mujeres. De esta manera, con nuevo vocabulario, el fin seguía siendo el mismo: hombres y mujeres tienen distintos derechos y capacidades; por lo tanto, las mujeres pueden trabajar y recibir una educación que les permita sobrevivir en caso de necesidad, pero el matrimonio y la maternidad continúan siendo su prioridad, su fin vital. El índice de analfabetismo en el siglo xx era altísimo; entre las mujeres, la cifra llegaba al 71%. De ahí que en las tres primeras décadas del siglo la educación fuera un gran campo de batalla y de trabajo.

Además de las obligaciones sociales y de servicio a los demás, las mujeres también tenían obligaciones de carácter, debían ser obedientes, abnegadas, humildes y cariñosas; debían estar siempre dispuestas para las atenciones que requirieran el resto de los miembros de la familia. Una única virtud era inexcusable: tener probada honradez, en palabras de Pardo Bazán, «poseer o simular poseer una única virtud, la castidad.»

La residencia de señoritas, iniciativa de María de Maeztu. En las imágenes, la biblioteca, plano para una excursión, una carta de Marie Curie agradeciendo las atenciones recibidas en una visita y autorización paterna para la asistencia a un baile.



TERESA CLARAMUNT. Militante destacada del Movimiento Libertario Español y fundadora de un grupo anarquista de trabajadoras. Su actividad cesó tras una dura represión. En 1891 contrajo una parálisis en la cárcel, lo que le impidió continuar su lucha obrera, y en 1929 habló por última vez en un mitin. Ya en 1899, escribía: «En el orden moral, la fuerza se mide por el desarrollo intelectual, no por la fuerza de los puños. Siendo así, ¿por qué se ha de continuar llamándonos sexos débil? [...] El calificativo parece que inspira desprecio; lo más, compasión. No, no queremos inspirar tan despreciativos sentimientos; nuestra dignidad como seres pensantes, como media humanidad que constituimos, nos exige que nos intereseamos más y más por nuestra condición en la sociedad. En el taller se nos explota más que al hombre, en el hogar doméstico hemos de vivir sometidas a capricho del tiranuelo marido, el cual, por el solo hecho de pertenecer al sexo fuerte, se cree con derecho de convertirse en reyezuelo de la familia [...] Hombres que se apellidan liberales los hay sin cuento [...] pero ni los hombres por sí, ni los partidos políticos avanzados se preocupan lo más mínimo por la dignidad de la mujer».

En España sólo existía un modelo femenino aceptado socialmente. La mujer era considerada inferior por su debilidad física y psíquica y, por lo tanto, estaba justificada su permanente tutela por un varón; primero el padre; luego, el marido; porque lo adecuado era estar casada, y ser madre, el único objetivo vital

Intelectuales, modernas y sufragistas en el Lyceum Club

En 1910, después de tanta rebeldía, por fin las españolas pueden asistir a la universidad. En los años siguientes irán abriendo la Residencia de Estudiantes —defiende idéntica educación para hombres y mujeres—, la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas —gracias a sus becas muchas españolas se forman en el extranjero—, el Instituto Internacional de Madrid y la Residencia de Estudiantes para Mujeres. Con la apertura de estas instituciones, jóvenes como María de Maeztu o Victoria Kent, por ejemplo, recibieron una extraordinaria formación.

Pero además, el sufragismo no había su-

cedido en vano. Aunque en países como España apenas se vivió, dejó un halo de libertad tras de sí que modificó la vida de pequeñas élites de mujeres en toda Europa. Se conjugaron los deseos de libertad de las mujeres con pequeñas modificaciones legales de los respectivos gobiernos, obligados a seguir el ritmo social. España no fue una excepción. En 1918 coinciden dos hechos importantes. Se aprueba el estatuto de funcionarios públicos, que permite el servicio de la mujer al Estado —sólo en las categorías de auxiliar—. Clara Campoamor, en correos, y María Moliner, en el cuerpo de archiveros y bibliotecarios, fueron de las primeras mujeres que aprovecharon las rendijas de acceso al empleo. Y en ese mismo año, el 20 de octubre, un grupo de mujeres se reunieron en el despacho de María Espinosa de los Monteros, constituyendo la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME). En ella se integra un grupo heterogéneo de mujeres de clase media, maestras, escritoras, estudiantes y esposas de profesionales entre las que estaban María de Maeztu, Clara Campoamor, Victoria Kent, Elisa Soriano o Benita Asas. La ANME se coordina con otros grupos de mujeres y juntas forman el Consejo Supremo Feminista de España. Siguiendo esta onda expansiva surgirán otras organizaciones: la Unión de Mujeres de España, la Juventud Universitaria Feminista, Acción Femenina o la Cruzada de Mujeres Españolas, donde destaca la periodista Carmen de Burgos. Fueron estas últimas, las agrupadas en la Cruzada, quienes organizaron el primer acto público feminista en España: en 1921 se celebra la primera manifestación de las feministas españolas. Las militantes recorrieron el centro de Madrid repartiendo un manifiesto a favor del derecho al voto de las mujeres. El texto estaba firmado por un amplio grupo, desde Pastora Imperio a la marquesa de Argüelles o las federaciones obreras de Alicante. Todo es-



Tertulia en el Lyceum, otra iniciativa de María de Maeztu. En sus actos colaboraron, entre otras, María Goyri, María Lejárraga, Zenobia Camprubí, Victoria Kent, Isabel de Oyarzábal, Encarnación Aragonese... Las fotografías de estas páginas reproducen las publicadas en *El voto de las mujeres (1877-1978)*, Editorial Complutense, 2003.

Un amago de referéndum se celebró en 1926, y en él se permitió, por primera vez, participar a todos los mayores de 18 años, sin distinción de sexo. Como diría Clara Campoamor: «Lo que la dictadura le concedió a la mujer fue la igualdad en la nada».

to ocurría mientras el sistema político de la restauración agonizaba. El golpe de estado de Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, acabó definitivamente con él estableciendo una dictadura militar. La presentación que hizo Primo de Rivera de su régimen es antológica: «Este movimiento es de hombres. El que no sienta la masculinidad completamente caracterizada, que espere en un rincón, sin perturbar los días buenos que para la patria preparamos». Tras esa declaración de principios, respecto a las mujeres el general opta por el paternalismo. Así que, paradójicamente, fue con la dictadura de Primo de Rivera cuando se promulgó el estatuto municipal, que otorgó el voto a las mujeres... salvo a las casadas —es decir, la mayoría—, con el fin de evitar discusiones en los hogares. Un voto que no era para todas y que no sirvió para nada, porque no se pudo ejercer durante la dictadura, salvo en una especie de simulacro electoral con el que el dictador pretendía

reforzar su régimen. Este amago de referéndum se celebró el 11 de septiembre de 1926, y en él se permitió, por primera vez, participar a todos los españoles mayores de 18 años, sin distinción de sexo. Como diría Clara Campoamor años después: «Lo que la dictadura le concedió a la mujer fue la igualdad en la nada». En ese ambiente paternalista, falto de libertades, se abre el Lyceum Club, en 1926. Lo fundó María de Maeztu con el grupo de mujeres de la Residencia de Señoritas, creada para suplir la falta de espacio público cultural que tenían. El Lyceum fue concebido como un espacio de debate y reflexión similar a los clubes de mujeres que existían por Europa. En él se reúnen las dos generaciones de españolas que protagonizaban los primeros pasos de la rebeldía. María de Maeztu, María Goyri, Victoria Kent, Isabel de Oyarzábal, María Lejárraga, Margarita Nelken... El Lyceum fue respetado y criticado casi en la misma medida. Mien-

tras que los medios de comunicación generalmente recurrían a sus socias pidiendo opinión sobre determinados asuntos, algunos personajes públicos llegaron a calificarlo como «el club de las maridas», por el número de esposas de hombres ilustres que allí se reunían. Claro que las *maridas* no eran menos ilustres que ellos. Allí estaban, por ejemplo, Zenobia Camprubí, esposa de Juan Ramón Jiménez; Encarnación Aragonese, esposa de Gobera, creadora, bajo el pseudónimo de Elena Fortún, de *Celia*, y María Lejárraga, que durante toda su vida escribió las obras que firmaba su marido, Gregorio Martínez Sierra. El Lyceum se convirtió en un referente intelectual, bandera de la independencia de las mujeres.

Clara Campoamor: el derecho al voto

La primera iniciativa sobre el derecho de las mujeres al voto llegó en 1907. Se presentaron dos propuestas. Ninguna planteaba igualdad de condiciones, pero, aun así, sólo nueve diputados votaron a favor. Un año después, siete diputados republicanos vuelven a proponer una enmienda: las mujeres —sólo las mayores de edad emancipadas y no sujetas a la autoridad marital— podrían votar en elecciones municipales —pero no ser elegidas—. La propuesta también fue rechazada. En 1919, Burgos Mazo lo intenta de nuevo. Su proyecto de ley electoral otorgaba el voto a todos los españoles de ambos sexos y mayores de 25 años, pero impedía que las mujeres pudieran ser elegibles. La propuesta establecía dos días para celebrar los comicios, uno para los hombres y otro para las mujeres. Ni siquiera se debatió. Después llegaría el simulacro del régimen de Primo de Rivera.

Una vez acabada la dictadura militar e instaurada la Segunda República, Miguel Maura sale por la tangente y apuesta por el pragmatismo frente a la justicia. Dicta un decreto para regular las elecciones para diputados de la Asamblea Constituyente en el que decide para las mujeres

En la ilustración, Clara Campoamor, cuya presencia en los debates parlamentarios resultó determinante para que la constitución de 1931 no discriminara a las mujeres (dibujo de F. González, tomado de *Ellas mismas, mujeres que han hecho historia contra viento y marea*, María Teresa Álvarez, La esfera de los libros, 2003)



F. GONZÁLEZ

CLARA CAMPOAMOR. Había nacido en Madrid en 1888. De familia humilde, tuvo que trabajar duro antes de poder licenciarse en Derecho a los 36 años. A partir de 1932, una vez aprobada la Ley de Divorcio en las Cortes, dedicó la mayor parte de su actividad a este tipo de causas, llevando adelante dos divorcios muy célebres: el de la escritora Concha Espina de su marido Ramón de la Serna y el de Josefina Blanco de Ramón María del Valle-Inclán. Fue Clara Campoamor una mujer coherente con sus ideas sin importarle las consecuencias. Cuando el general Primo de Rivera quiso contar con ella para la Asamblea Nacional de la dictadura le rechazó, igual que hizo cuando la Academia de Jurisprudencia le concedió la Gran Cruz de Alfonso XII. Años después, el Gobierno la nombró directora general de Beneficencia, pero en 1934 abandonó su cargo y su partido, tras realizar un viaje oficial y contemplar los efectos de la brutal represión de la revolución de Asturias, ordenada por el Gobierno al que representaba. Cuando en 1936 gana las elecciones el Frente Popular, también con el voto de las mujeres, nadie le pidió disculpas. Al comenzar la guerra se exilió y ya no pudo regresar a España antes de su muerte, en 1972.

¿No hemos quedado en que el voto es la expresión de la voluntad popular? [...] Mal podríamos decir que nuestra república es el fruto del deseo de toda España si pudiésemos sospechar que la otra parte de la sociedad española, las mujeres, no están de acuerdo

el sufragio pasivo, es decir, no pueden elegir pero sí ser elegidas. De los 470 escaños, sólo tres mujeres obtuvieron acta de diputada en aquellas elecciones de junio de 1931: Clara Campoamor,* por el Partido Radical, y Victoria Kent, por el Partido Radical Socialista; la tercera, Margarita Nelken, que se presentó con el PSOE, tuvo que esperar a tener la nacionalidad española. Tres entre 470, pero aun así, molestaban, incluso al mismísimo presidente de la República. Manuel Azaña escribe en sus diarios, 5 de enero de 1932: «Esto de que la Nelken opine en cosas de política me saca de quicio. Es la indiscreción en persona. Se ha pasado la vida escribiendo sobre pintura y nunca me pude imaginar que tuviese ambi-

ciones políticas. Mi sorpresa fue grande cuando la vi candidata por Badajoz. Ha salido con los votos socialistas derrotando a Pedregal; pero el Partido Socialista ha tardado en admitirla como diputado. Se necesita vanidad y ambición para pasar por todo lo que ha pasado la Nelken hasta conseguir sentarse en el Congreso [...] La Campoamor es más lista y más elocuente que la Kent, pero también más antipática».

Por mucho que le disgustara a Azaña, la presencia de la *antipática* Campoamor en los debates parlamentarios resultó determinante para que la constitución de 1931 no discriminara a las mujeres. Se había sugerido la siguiente redacción: «No podrán ser fundamento de privilegio jurídico: el nacimiento, la clase social, la riqueza, las ideas políticas y las creencias religiosas. Se reconoce en principio la igualdad de derechos de los dos sexos». Clara Campoamor protestó con ironía ese «en principio» tan poco convincente: «Se trata simplemente de subsanar un olvido en que, sin duda, se ha incurrido al redactar el párrafo primero de este artículo. Se dice en él que no podrán ser fundamento de privilegio jurídico el nacimiento, la clase social, la riqueza, las ideas políticas y las creencias religiosas. Sólo por un olvido se ha podido omitir en este párrafo que tampoco será fundamento de privilegio el sexo». Finalmente, consiguió que se enmendara el artículo.

Después, defendió el voto femenino. En 1931 convenció con su último discurso a una mayoría de diputados. Votaron contra el sufragio femenino Acción Republicana, el Partido Radical Socialista, de Victoria Kent, y el Partido Radical, de Clara Campoamor, que no consiguió persuadir ni a uno solo de sus compañeros. A favor, votaron los diputados de la derecha, pequeños partidos republicanos y nacionalistas y el PSOE, con cualificadas excepciones, como la de Indalecio Prie-

La ley del divorcio en España, cuando por fin fue aprobada en 1932, fue una de las más progresistas. Ésta ley y la concesión del voto fueron logros de las mujeres, pero logros tan efímeros como el propio régimen republicano

to. Que Clara Campoamor defendiera el sufragio femenino y que Victoria Kent se opusiera, provocó burlas y chanzas. Kent propuso que se aplazara la concesión del voto a las mujeres; no era, decía, una cuestión de la capacidad de la mujer, sino de oportunidad para la República. El momento oportuno sería al cabo de algunos años, cuando las mujeres pudiesen apreciar los beneficios que les ofrecía la república. Campoamor replicaba que las mujeres habían demostrado sentido de la responsabilidad social, que el índice de analfabetos era mayor entre los hombres y que sólo aquéllos que creyesen que las mujeres no eran seres humanos podían negarles la igualdad de derechos. Advirtió a los diputados de las consecuencias de defraudar las esperanzas que las mujeres habían puesto en la República: «¿No hemos quedado en que el voto es la expresión de la voluntad popular? [...] Mal podríamos decir que nuestra república es el fruto del deseo de toda España si pudiésemos sospechar que la otra parte de la sociedad española, las mujeres, no están de acuerdo».

No acabó ahí la lucha por el sufragio. Las crónicas periodísticas hablan de un gran guirigay entre los casi quinientos diputados el día de la votación. Dos meses después del debate, un representante de Acción Republicana redactó una enmienda en la que proponía que las mujeres pudieran votar en las elecciones municipales, pero no en las generales. La enmienda llevó a una segunda votación en la que por fin se aprobó el sufragio femenino. En el artículo 36 de la constitución española de 1931 se pudo leer: «Los ciudadanos de

uno y otro sexo, mayores de 23 años, tendrán los mismos derechos electorales conforme determinen las leyes». Gracias a ese par de líneas, en las elecciones generales de 1933, las españolas consiguen votar por primera vez. Fue una victoria casi personal de Clara Campoamor, aunque alentada por los pequeños grupos de las modernas, intelectuales y sufragistas. No eran muchas, pero sí vehementes. Como ejemplo, el discurso de María Lejárraga, en 1931, mientras se desarrollaban las discusiones y las votaciones sobre el sufragio: «¡A conquistar España, españolas! Y no se avergüencen ustedes de la pelea, no les dé rubor proclamarse de una vez para siempre feministas. Están ustedes obligadas a serlo por ley de naturaleza. Una mujer que no fuese feminista sería un absurdo tan grande [...] como un rey que no fuese monárquico».

Pero en 1933 la derecha arrasó en las urnas. Todo el mundo encontró una clara culpable: Clara Campoamor. Ni siquiera ella pudo renovar su escaño. Echar la culpa de la victoria de la derecha a las mujeres era, como mínimo, una conclusión superficial. Se trataba de un problema de estrategia y unidad, como se encargarían de demostrar las elecciones de febrero de 1936, con la vuelta al poder de la izquierda gracias al triunfo del Frente Popular. Pero como afirmó Campoamor: «El voto femenino fue, a partir de 1933, la leija de mejor marca para lavar las torpezas varoniles».

Tras las elecciones de 1936, Margarita Nelken y Matilde de la Torre volvieron a obtener escaño. Victoria Kent regresa a la cámara y se estrenan Julia Álvarez Re-

sano y Dolores Ibárruri, *Pasionaria*. En total, nueve mujeres en tres legislaturas. Ibárruri llegó a ser vicepresidenta de las Cortes en 1937. También el parlamento vasco tuvo una diputada durante la República, Victoria Uribe Lasa. Pertenecía al Partido Nacionalista Vasco (PNV), una formación que no permitió la afiliación de mujeres hasta 1933.

Otro triunfo conseguido en la República fue la ley del divorcio. Había pocos países europeos en los que no se hubiera aprobado una ley al respecto. Sin embargo, la ley de divorcio española, cuando por fin fue aprobada en 1932, fue una de las más progresistas. A pesar de las dificultades, las tesis sufragistas se anotaron sus triunfos en la España republicana. La concesión del voto y la ley del divorcio fueron logros de las mujeres, pero logros tan efímeros como el propio régimen republicano. La guerra civil y la dictadura tras la victoria de las fuerzas franquistas en el 1939 darían al traste con todo lo conseguido. Habría que esperar al cierre de ese largo y desgarrador periodo de 40 años para que las mujeres recuperaran el punto de partida que significó la conquista del voto en 1931.

Tras la guerra civil, llegó el exilio, el franquismo y la represión. Miles de mujeres fallecieron en la contienda y durante las persecuciones posteriores, y otras muchas salieron de España. Luchadoras anónimas y rebeldes ilustres como Rosa Chacel, Clara Campoamor, Elena Fortún, Dolores Ibárruri, Victoria Kent, María Lejárraga, María Teresa León, María de Maeztu, Federica Montseny, Margarita Nelken, María Zambrano... Todas ellas se irán al exilio, y en sus maletas se llevarán sus luchas, sus esperanzas, sus trabajos. Con su partida desaparecerán también todos los senderos abiertos por esas mujeres republicanas que iban camino de ser mujeres libres. Las que se quedaron no pudieron continuar el trabajo. Sufrieron la dura represión, la obligación del silencio. ■



Vísperas

La última vez que coincidimos los tres juntos nos dijo que estábamos acabados, que nos habíamos conformado con resignarnos ante una vida que alguien nos había impuesto sin un motivo concreto y que —y al decirlo levantaba mucho los brazos y gesticulaba con la mirada clavada en el cielo— él no iba a seguir ese camino, que no podía asumir una historia que alguien había escrito por él y que pensaba hacer lo que estuviera en su mano para diluir aquellas líneas y sustituirlas por otras más apetecibles y conformes a la concepción que de sí mismo tenía. Fue en el transcurso de un paseo —una tarde de invierno bastante despacible, con un cielo gris como el futuro y una niebla que de alguna manera oscurecía el color verdoso de las olas que rompían en la playa— por la bahía, el paseo marítimo desierto —apenas nos cruzamos

con diez personas, todas embutidas en sus abrigos y bufandas, con paso rápido y ansiosas por llegar a ningún sitio—, una o dos semanas antes de perderle el rastro. Tenía la mirada encendida, en parte por el énfasis que ponía en cada palabra que salía de su boca y en parte por las copas con las que habíamos dado por concluida la sobremesa iniciada horas atrás, y a ratos nos miraba con una mezcla de compasión o ira, como si no comprendiese nuestro escepticismo ante una decisión que él consideraba irreprochable. Tú —decía mirando a Luis mientras lo señalaba con su índice derecho, protegido bajo un guante de lana azul marino—, mírate, no eres ni la sombra de lo que fuiste hace unos años; tu novia de toda la vida, convertida en esposa, el negocio paterno ahora en tus manos, y ya no le has pedido más a la vida, ya la has finiquitado. Y tú —ahora me señalaba a mí con una mirada no menos acusatoria—, tú en el fondo eres igual, tus clases de literatura y el librito de poemas que has conseguido publicar en esa editorial andrajosa han dado por satisfechas tus expectativas, estáis muertos. Y después miraba al vacío y se hacía el silencio durante unos minutos, hasta que Luis —probablemente el más consecuente— volvía a decir algo acerca de la improcedencia de su huida y desataba una tormenta que concluía de nuevo con los mismos reproches, similares miradas, idénticos gestos. Nos despedimos y él se fue en dirección al barrio antiguo. Luis y yo cogimos otro camino. No nos dirigimos la palabra.

Lo vi por última vez unos días más tarde —pero yo entonces no sabía lo que iba a pasar ni las circunstancias que iban a ro-

dear su marcha ni lo que ocurriría aun después, tras su huida (o al menos su conato) y antes de que el teléfono sonase en mi casa a las tres de la madrugada aquel lunes de febrero—, una noche en una cafetería a la que yo había ido con una chica —una compañera del instituto, una interina que se fue al año siguiente y no dejó más huella en mi vida que la de una marca de carmín en una camisa que ya no uso— con la única intención de empezar un flirteo amoroso que tardaría casi un mes en encontrar su concreción. Entró sin vernos —estábamos sentados a la entrada, bajo la puerta giratoria, en una mesa rectangular junto a las escaleras— con su larguísimo abrigo y fumando uno de esos cigarrillos negros que alguien le traía desde Alemania. Se acodó en la barra mientras echaba cortas caladas y acompañaba con un golpeteo del talón el ritmo de la melodía que salía de los altavoces. Se giró y nos vio y vino a sentarse con nosotros, ni siquiera pidió permiso. Nos comentó —debería decir me comentó, pues la presencia allí de mi amiga (entonces aún era sólo eso) no parecía importarle— que su plan cada vez estaba más cerca de cumplirse, que ya tenía preparado lo que iba a hacer y que una vez iniciado todo no podríamos detenerle, no nos daría oportunidad para impedirle que corrigiese su historia y ni siquiera nos permitiría contactar con él hasta que hubiera pasado un tiempo, hasta que su idea no fuese una realidad consolidada y total sobre la que edificar los cimientos de una nueva existencia a la que ya creía llegar con retraso. Pase lo que pase, nos dijo —me dijo—, no regresaría a la ciudad, no daría pie a nadie para reírse de su claudicación ni escucharía el más mínimo consejo, ni tan sólo una nimia llamada de atención. Luego volvió a la barra con su copa en la mano y se quedó allí de pie, estático, con la mirada fija en las curvas —o eso creo yo— de una mujer entrada en años que

Lo vi por última vez unos días más tarde , pero yo entonces no sabía lo que iba a pasar ni las circunstancias que iban a rodear su marcha ni lo que ocurriría aun después

fumaba sentada en un taburete. Dentro de poco irá hacia ella, pensé, y le contará sus planes, la misma historia que nos ha contado a todos mil veces, e intentará llevársela a la cama, como hace siempre. No me dio tiempo a comprobarlo, porque mi entonces amiga —un poco desairada por la interrupción— propuso destinos más apetecibles y no tardamos en tomar el camino de salida. Desde la puerta le hice un gesto con la mano que no vio o no quiso ver.

Mucho tiempo después —cuando ya hubo pasado lo que no podía suceder de otra manera (aunque antes nadie habría sido capaz de evitarlo ni aún de predecirlo) y todos habíamos aprendido a aceptar una realidad intolerable unos meses atrás— un amigo común a los tres, al que habíamos perdido de vista unos años antes, me comentó que había coincidido con él en la estación el día de su marcha. Estaba en el andén —corroboraba con la mirada furiosa de quien había perdido para siempre una de las pocas posibilidades que ofrece la vida para anticiparse al destino cuando éste descubre las cartas que terminarán decidiendo la partida— fumando y paseando su mirada por las vías y los viajeros. No lo reconoció al instante —o por lo menos lo fingió para ganar un tiempo prudencial, para elucubrar si aquel sujeto bajo y regordete que se le acercaba con el rostro colorado y sudoroso a pesar del frío y le posaba su mano carnosa sobre el hombro era digno de compartir su secreto, su último propósito—, y cuando lo hizo lo único que le dijo fue que se iba por un tiempo de la ciudad, que le había salido un trabajo fuera —y mostraba entre sus dedos (probablemente cubiertos de los guantes de lana azul que llevaba siempre en invierno, sus manos eran muy sensibles al frío) el billete que había sacado unos meses antes, mucho antes de nuestro encuentro en la cafetería, y también de aquel paseo desde

Mucho tiempo después, cuando ya hubo pasado lo que no podía suceder de otra manera y todos habíamos aprendido a aceptar una realidad intolerable unos meses atrás, un amigo común me comentó que había coincidido con él en la estación...

el que Luis (aunque él afirme que se debió a una concatenación de casualidades y no a una intención explícita) no volvió a dirigirle la palabra— y que iba a pasar allí, al menos, seis meses. Nuestro antiguo amigo —ignoro qué ha sido de él en los años que ha permanecido fuera de nuestras vidas, como también ignoro si en aquel momento, en aquel andén de la estación en una mañana tan invernal como sólo pueden serlo los atardeceres en esta ciudad, se dio cuenta de que el otro, al mismo tiempo que le mostraba el billete, albergaba un brillo en la mirada que delataba su mentira— no obtuvo más información a pesar de que se molestó en buscarla. Pero el otro no le dio respuesta, todo lo más alguna frase incongruente y la promesa de un reencuentro en un futuro tan vago como inexistente.

Fue esa noche de la conversación en el andén —aunque yo no supiese hasta un tiempo después de aquel encuentro— cuando sonó en mi cuarto el teléfono. A mi lado dormía mi amiga —que entonces ya no lo era, o no sólo eso— y no lle-

gó a despertarse mientras descolgaba el auricular y escuchaba al otro lado la voz de Luis preguntando si era yo quien estaba al aparato. Ni siquiera me dio tiempo a desperezarme, a imponerle un tono medianamente tolerable a una voz que parecía surgida de todos los infiernos posibles. Ha muerto, dijo —y su voz metalizada resonó en mis oídos durante todo el día, primero en la cama mientras seguía hablando y después en la ducha, en el dormitorio mientras me ponía lo primero que encontraba en el armario y pedía a mi amiga (ya era algo más) que avisase en el instituto de que no iría a trabajar, y aún más tarde, en los pasillos del hospital y en el tanatorio (el rostro deformado por la muerte, las mejillas repentinamente enflaquecidas y unos labios amoratados en los que creí observar (pero no se lo dije a nadie) una sonrisa de satisfacción última), y no remitió su eco hasta dos días después, cuando ya estaba en una urna que Luis se ofreció, no sin cierta superstición, a albergar en su casa y, por lo tanto, comenzó irremediamente a convertirse en pasado y dejó de manera definitiva de interferir en nuestras vidas—, lo han encontrado en un apeadero de pueblo, no saben las causas. Hizo una pausa y tragó saliva mientras mis ojos —que aún no habían conseguido vencer del todo la tenacidad del sueño— trataban de mirarse a sí mismos en el espejo del armario. No, no las saben, continuó... No las sabrán nunca. ■



El turullu de l'acería

Una vegada más, ellí tábemos los cuatro. No cimero del cuetu, al final —o al principiu— de la cai, observábemos, ensin vela, la pindia cuesta que nacía nos nuesos pies, fundiéndose na tierra, coles sos dos docenes de socavones y les sos cuasi cuatrocientos resquebres anegraes per onde la yerba puxaba por abrise camín, asomando los sos verdes y enfermos filamentos y dexándolos ellí, enriba l'asfaltu, como babaya o postielles. La nuesa cai. Onde teníamos nació y creció. Onde siguiemos creciendo. Onde entá nos trataben como a nenos, onde trataben a los nenos como a perros. La nuesa querida y pindia cai.

Más p'arriba d'onde tábemos nun había nada. Dábemos-y el llombu a la nada. Como muncho, una viesca d'ocalitos, y detrás d'ella, suponíemos, otra viesca más, y otra, y otra: peor que nada. Pela

cai p'abaxo, aguzábemos la vista y columbrábemos la carretera y, un poco más p'allá, l'acería onde trabayaben los nuesos pas. Alcuando brotaben de l'acería unes prietes nubones, unes llaparaes roxes, unos caínes verriondos. La borrina yera a veces tan compacto que tolo que nos arrodiaaba paecía que lo tuviera vomitao l'acería.

Pero aquella mañana nun mirábemos pa la carretera. Abaxo, na otra punta de la cai, faciendo sonar la so flauta de pan, l'afilador entamaba la so lenta ascensión ente los bloques de cases de fachada ocre onde vivíemos. Llevaba la bicicleta garrada pel guía. Yera imposible xubir aquella cuesta en bicicleta. Naide nun miraba pa él dende les cases, sólo nós. Les puertes y les ventanes paecíen trancaes con vigues y peslleres, tapiaes con lladriyos y cementu, y eso que munches d'elles taben abiertes, siempres abiertes, hasta n'iviernu, pero non por ello yera menor la sensación de que les teníen clausura pa siempres con dalgún tipu de pegamentu aislante. Yeren dos fileres de cases escalonaes, qu'ascendíen pela cuesta como animales desganaos de llombos improbablemente cuadrangulares. Yera una d'aquelles mañanes grises onde, si gritabes, nun había ecu, la to voz fundíase na borrina y, nostante, volvía apaecer dellos metros más p'abaxo. Daniel gritara: «¡Afilador!», y a toos nos paeció que nun gritara abondo, incluso entamemos a emburrialu, nerviosos, colos coldos, afalándolu a repetir la llamada: «¡Afilador!». Sólo que, unos segundos más tarde, sentimos el grito, repitíu, rebotar allá abaxo, na otra punta de la cai, y vimos al afilador levantar la cabeza, quitar de xunta los llabios la flauta de pan, y hasta

podíemos velu ceguñar, tentando d'estremar les nuses siluetes ente la borrina. Yera curtiu de vista. Y mui lentu. Daniel tenía una voz tovía infantil, cuasi de nena, y debió de sonar, nos oyíos del afilador, como la voz d'una muyer, d'una d'aquelles muyeres, les nuses madres, que nun s'asomaben yá cuando él pasaba, que permanecíen aisllaes tres d'aquellos lladriyos invisibles, detrás d'aquelles puertes y ventanes tapiaes. Yera una voz tan de nena que yá nin siquiera nos burlláremos de Daniel.

Nun sabemos qué pensó, si ye que pensó dalgo, l'afilador: seique miró p'arriba y p'abaxo, calculando'l desnivel, la distancia, cruxíen-y los güesos namás que con pensalo. Allarribones había una señora con dalgo p'afilar, un cuchiu, unes tisories, a saber. Tenía que xubir tola cuesta si quería averigualo. Yera como ver un cascoxu trepar per una muria, cuando sabes que, namás que tea a dos centímetros de coronar l'ascensión, vas da-y un golpucu asina como si nada, con un déu, y vas mandalu de vuelta al suelo. Asina yera. Y dábemonos coldazos, y poníemos la mano delante la boca, procurando tapar les nuses risaes, anque l'afilador nun podía venos rir dende ellí abaxo, nin siquiera sabía que yéremos nós, cuatro guah.acos, a fin de cuentes. Alcuando dame por pensalo y faigo cuentes. Yeren venticuatro, les cases, doce a cada llau de la cai, seis edificios de planta y pisu. Venticuatro families, y sólo nós cuatro. Había cuatro homes solteros, dos vilbes, tres vilbos y quince matrimonios de vieyos ensin fíos, o seique con dalgún fíu viviendo lloñe, na ciudá quiciás, y eso yá yera lloñe asgaya, anque agora, cuando lo pienso, les veces que lo pienso, nun me paez tanta la distancia. Nun víemos munchos foriatos. Xente de pasu, en mui rares ocasiones. D'a diariu venía'l panaderu cola furgoneta, y unes hores depués otra furgoneta que trayía comestibles, verdura fresco y fruta. Y una

Yera una d'aquelles mañanes grises onde, si gritabes, nun había ecu, la to voz fundíase na borrina y, nostante, volvía apaecer dellos metros más p'abaxo

vegada al mes, el colchoneru. Y l'afilador, tovía daquella, mui de ralo en ralo.

Diba yá permediando la costera, ensin aparase a descansar, cola bicicleta, onde llevaba la máquina d'afilar y la caja cola ferramienta, garrada pel guía. Retorcímonos de risa. Coldazos. Pataes. Si esperábemos más, diba venos. Diba estremar los nuegos rostros, diba pensalo meyor y descubrir que nun había nenguna muyer con nengún cuchiellu naguando polos sos servicios. ¿Qué esperábemos?

De nuevu, como siempres, tenía que ser yo. Asina que fui y garré'l cubu de la batoria, un cubu de plásticu, negru, d'un metru d'altor, y púnxilu horizontal, a los mios pies, y cuando yá la figura del afilador nun podía tar más a tiru, cuando yá nun podíamos esperar un segundu más, emburrié'l cubu con toles mios fuerces. El cubu echó a rodar, despacio. Foi garrando velocidá, aumentaba vertixinosamente la velocidá según baxaba pela cuesta. En dalgún cachu paecía que diba aparase, por aciú d'un bache o un mindiu d'asfaltu, pero'l pilancu nun facía otro que sapialu a mayor velocidá. L'afilador quedárase quietu, pero nun s'apartara. Miraba p'aquella cosa negra que baxaba rodando y creciendo pela cuesta. Mexábemonos de risa. «¡Bola va!», gritó Daniel, pero l'home nun s'apartaba, permanecía ellí en metá de la cuesta con bicicleta y too, seique pensando si tenía que soltar la bicicleta y salir corriendo o, al contrariu, enfotase en salvar la so ferramienta de trabayu, l'ardiluxu col que ganaba'l pan, podía ser too una falcatrúa pa birlla-y la bicicleta y la máquina d'afilar. Eso debía pensar. Seique nun-y dio tiempu a pensar tanto.

El trallazu arrefundiólo too pelos aires: el cubu, l'afilador, la bicicleta, la máquina d'afilar. Too salió disparao, en toes direcciones, rotando como una sucesión de peonces que chocaren ente elles. L'estrueldu rebotó na borrina y esparidióse como una fola per tola cai, y les nuses

madres, gritando incluso enantes de saber qué taba pasando, salieron disparaes a la cai, como si'l proyectil tamién tuviera algamao les cases y estes arrefundiaren al exterior a tolos sos habitantes. Un vieyu, dos, y les madres, les nuses madres, too güeyos arriba y abaxo, acusbiando alrededor ente la borrina.

La mio ma averóse al home espurríu pámpana abaxo que paecía una cuyarapa dende'l llugar onde tábemos nós. Agora que lo pienso, nin siquiera se nos ocurrió escondenos o salir corriendo. Siguíemos morriendo de risa, anque la risa, agora, yera una risa xelada, porque darréu diben xubir les nuses madres, les sos amenaces ascendiendo pela cuesta. Y nun ye que-yos tuviéremos miéu, pero sí-y lu teníamos a lo qu'elles preludiaben, lo qu'anunciaben ensin dicir pallabra: los nuses pas diben volver del trabayu, diben recibir puntualmente les noticies del día, davezu tan escasas y insignificantes que nun abastaben pa facelos levantar la mirada del platu mientras comíen, y esta vegada los nuegos pas diben arremellar los güeyos, engurriar la frente, apertar los lla-

bios y salir, agora ellos, disparaos a buscanos, a cazanos y castiganos como a perros desobedientes.

Podíamos sentilo, toes aquellos amenaces rebuyendo ellí abaxo, colos mandiles grises y les chaquetas de puntu, les zapatilles de cuadros y les madreñes resonando enriba l'asfaltu, alrededor de la figura del afilador pámpana abaxo, desfechu, descompuestu, igual que la bicicleta y la máquina d'afilar que fueren aparar al final de la cai.

Entós oyimos el turullu de l'acería. Resgando la borrina como una navaya, d'abaxo arriba, estripando la borrina como un corón.

Les muyeres y los vieyos dexaron d'atender pal mancáu y volvieron los rostros contra'l cielu, contra l'acería, d'onde si-guía brotando un agullíu metálicu, como'l llancíu d'un xuguete frayáu.

Más tarde, en pasando unes hores, la noticia del accidente na acería diba correr pela cuesta arriba y abaxo, revolviéndolo too según pasaba, ensin que quedara yá rastru nengún de compasión pal afilador mancáu. Naide nun diba reñenos, nun diba haber amenaces nin castigos. Alcuérdome de ver al afilador allonxase ente la borrina, depués de recoyer la bicicleta y la máquina y la ferramienta, depués de caciplar pente les sos coses a la cata de dalguna avería irreparable, y alcuérdome de sentir un respigu d'amargor al contemplau allonxase coxicando pela carretera, dexándonos atrás, ensin dedicanos siquiera un insultu o un puñu zarráu amenazando al cielu. Alcuérdome de pensar: «¡Quietu! ¡Nun marches! ¡Da la vuelta, ven acá, insúltame, pégame, sácame los güeyos!». Seique nun lo pensaba entá, pero diba llegar a pensalo, diba llegar a querer habelo gritao.

El mio pá volvió a casa, al cabu d'un mes, inútil de cintura p'abaxo, con aquella esplandente siella de ruedes que yo diba tener qu'emburriar, cai arriba, hasta la fin de los días. ■



Oscuridades

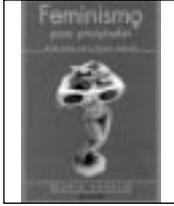
Y la mirada se volvió precisa, como si el cristalino hubiese despertado de un largo intermedio, del oscuro desliz de una fuerza dormida, escondida en las esquinas de la voluntad, y entonces vio las arrugas, los valles cicatrizados, aquel relieve lunar, estéril e inalterable, de cauces secos y alturas abandonadas, gris, ingrávito, y recordó, manteniendo su cara pegada a la superficie del volante, aquella afición infantil, aquella manía de mirar de cerca las cosas, imaginando que en la calidad y la textura, en el relieve de los suelos, de los muebles y de los objetos pudiera esconderse un mapa por descubrir, una geografía inédita, minúscula, donde la posibilidad de ver, de interpretar un mundo improbable, escondieran un acto creador, ingenuo, como la propia infancia, y entonces dudó, aún apoyado sobre el cuero del volante, con los ojos cercanos y abiertos, justo encima de aquel paisaje inexplicable, entre arrastrarse o actuar, entre dejarse llevar por aquella máquina hacia la última curva o retomar el volante, reconducir, reincorporarse. Pensó en ella y alzó la vista. Redujo dos marchas. Se afirmó. Tensó los nudillos antes de tomar la curva, haciendo girar aquella geografía de cuero cosido y accidentes imaginados. Por dos veces aceleró de nuevo, cambiando la velocidad, enfocando el discurrir de líneas discontinuas, atropelladas, engullidas bajo el chasis, devoradas, y aquellas dos luces rojas, nimias, de otro coche, justo al fondo, lejos. Ella me estará esperando, rumió vocalizando el pensamiento, y sintió la fal-

ta de afirmación en aquella voz como un aire frío y aislado en el pecho. No bastaría decir he sido, sí, yo he sido, en algún lugar del tiempo, alguien que ha buscado, pensó proyectando las imágenes, imaginándola, inventando el encuentro, y pensó que nada de aquello le pertenecía, como si fueran otros los que hubieran decidido por ellos, los que hubieran ordenado y construido aquella escena condenada a repetirse. Quiso compaginar las palabras, evitar que se unieran solas bajo una mecánica preconcebida, quiso decir he existido independiente, pero añadió, he sido, y sin embargo, lo fui sin elección, sin haberme apartado de todo lo previo, lo ajeno a mí, y de nuevo eran otras voces las que decidían y hablaban. Y entonces aceleró de nuevo. Las dos luces rojas se aproximaron, definiéndose. Por un momento creyó ver los números de su matrícula en la placa del otro coche. Tal vez esté persiguiéndome a mí mismo, presumió, tal vez sea una sombra, especulando, tal vez ahora pueda adelantarme, se dijo odiando la propia voz. Y presionó el acelerador, aún más, haciendo enloquecer las líneas precipitadas, el asfalto, la humedad de la tierra desapareciendo bajo el bastidor. Llegaré en dos horas, continuó, antes de que el sol amanezca sobre el continente. Y entonces lo vio. Podría haber adelantado sin más, siguiendo la línea recta del pensamiento, pero hubo de girarse, movido por un instinto parecido al que le haría volverse ante un escaparate. El mismo gesto, en aquel otro coche, la misma cara reposada sobre el volante, sobre el mismo relieve de las manías de la infancia, la misma ropa, el físico duplicado. Solamente los ojos, sin vida, parecidos a los de una muñeca olvidada, le parecieron distintos. Fíjate tú también, incluso eso es aparente, y sintió que de nuevo era otro el que pensaba por él, y que era otro, idéntico, suplantándole en un momento igual al que había vivido, el que viajaba en aquel coche. No llegó a pensar en el sosias, en la

egocéntrica imagen de la réplica, porque supo entonces, aun antes de levantar la cabeza, con la certeza que nunca hubiera tenido al pensar en ella, antes incluso de reconocer en el retrovisor las luces blancuecinas de todos los coches agolpados tras él, colapsados en una frenética carrera, persiguiéndole, y también, tal vez, atestando los kilómetros que podría haber por delante, que aquel mundo estaba lleno de dobles. Y dudó entre acelerar aún más o parar, o arrastrarse o claudicar, y entonces se dijo, Ella no existe. Por un momento olvidó el odio, la idea insoportable, la no exclusividad, necesitado de alguna certeza antes de decidirse a acabar con aquel mal sueño, y aquella frase, aquél no existe, aquella ausencia pasó a través de él sin daño, como si en el límite las verdades pudieran entonces digerirse, o todo lo contrario, como si pudieran entonces pasar inalteradas, ajenas a la bilis del entendimiento y las tripas de la memoria. No existe, se repitió, pero podría existir, y eso la hace real, y ya no era él quien hablaba; también aquello estaba dicho. Y en las voces y en todo lo ordenado ya no había engaño ni consuelo. Volvió el miedo, el último, y quiso odiar a todos los idénticos que viajaban en aquellos coches, no sólo en aquella carretera, tal vez en todas las posibles, en las que aún no existen, llenando todos los instantes que él hubiera tenido, y sintió la soberbia y la inquina como una herida en los labios. Y entonces la mirada se volvió distinta, lejana, intentando abarcar una geografía mayúscula, todas las estribaciones, las líneas, y era aquella una mirada falta de ilusiones, lisa, tristemente uniforme, en la que se esconderían las carreteras, los valles cicatrizados, las alturas grises, todos los coches y todos los idénticos vistos desde lejos como una maraña de hilos malgastados, que aún están, pero que ya no existen, envueltos por la bruma nocturna del mal sueño, una densa oscuridad que engulle los sonidos que aún no suenan de las primeras colisiones. ■

Libros y autores

FEMINISMO PARA PRINCIPIANTES



Este libro propone un apasionante recorrido por la historia y por los temas que son objeto de su estudio. Sugiere colocarse unas gafas violetas para percibir mejor cómo se ve la vida

con la mirada feminista y aspira a transmitir su espíritu: una teoría de la justicia que ha ido cambiando el mundo y que trabaja día a día para conseguir que los seres humanos sean lo que quieran ser y vivan como quieran vivir, sin un destino marcado por el sexo con el que hayan nacido.

NURIA VARELA. *Feminismo para principiantes*. Prólogo de Espido Freire. Ediciones B (Barcelona, 2005). 416 páginas.

LES RUINES

Ningún título más explícito que *Les ruines* para hablar del valle, para desmenuzar el presente de esa radiografía de la crisis. Una línea narrativa perfectamente elaborada y un uso perfecto y novedoso del recurso del *flashback* — une la actualidad y la época de la guerra civil constantemente sin necesidad de realizar el manido corte de capítulo —, logran, en muchos momentos, alcanzar un clima de tensión fílmico. La profundidad psicológica de los personajes, especialmente del protagonista, David, o la minuciosa descripción de una realidad bien conocida para el autor — aunque siempre desde un punto de vista de ficción — podrían situar al lector en cualquier punto de la cuenca minera, aunque se refiera concretamente a uno. En definitiva, *Les ruines* mantiene a Xandru Fernández en la cumbre de una literatura asturiana, tristemente, poco conocida, pero cada vez más interesante.

ALFREDO GONZÁLEZ



Alfredo González nació en Oviedo, en 1981. Cantautor, licenciado en Historia, ha realizado estudios de piano y ha editado varios trabajos discográficos: *Respirando soledad* (2001), *Caña y urna*

(2002) y *Donde se esparce la hiel* (2003). Su último álbum, *La vida de alquiler* (estudios Miller), se estrenaba en el 2004. Tiene previstos varios conciertos, a lo largo de todo el calendario, en Madrid y Asturias, donde viene interpretando su música. Su próximo trabajo, *Escrito en servilletas*, se editará a finales de verano.

NURIA VARELA



Licenciada en Ciencias de la Información, Nuria Varela ha trabajado en el semanario *Panorama*, ha cubierto la guerra de Bosnia, el sitio de Sarajevo, los campos de refugiados en Croacia y el

golpe de Estado en Rusia. Desde 1993 trabaja en *Interviú*, donde ha realizado reportajes sobre la matanza de Acteal en Chiapas, la vida en los campamentos de refugiados saharauis, la situación de Afganistán y de los campos de refugiados afganos en Pakistán tras la llegada de los talibanes. Ha publicado gran cantidad de reportajes sobre mujeres y coopera con distintos grupos y plataformas contra la violencia de género.

XANDRU FERNÁNDEZ



Nacido en Turón, en 1970. Profesor, licenciado en filosofía, y escritor. Uno de los nombres esenciales de la literatura asturiana contemporánea. Premio Xosefa Xovellanos de novela en dos

ocasiones: *El club de los inocentes* (1994) y *El sueño de los pájaros de sable* (1999), y premio de poesía Xuan María Acebal con *Servidume* (2000). También ha traducido al asturiano obras de escritores tan importantes como Franz Kafka y Thomas Mann. Entre sus últimos trabajos, *País cerrado* y *Les ruines*.

XANDRU FERNÁNDEZ. *Les ruines*. Ediciones Trabe (Asturias, 2005).

MIGUEL BARRERO



Miguel Barrero (nacido en Oviedo, 1980) pasó su infancia y adolescencia en Mieres. Tras licenciarse en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca, pasó una temporada en Madrid. Actualmente vive en Gijón, donde colabora con el diario *El Comercio*. Ha ganado varios concursos de cuentos, y algunos de sus relatos fueron publicados en la revista literaria *Aula 13* y en el diario *La Nueva España*. En el 2004 obtuvo el premio Asturias Joven de narrativa por su novela *Espejo*.

mayo-junio · MMV

eventual.revista

revistaeventual@wanadoo.es

EDITA

Plataforma Juvenil de Turón

COLABORA

Consejo de la Juventud del Principado de Asturias